

REVISTA GRÁFICA



MODAS DE
INVIERNO

Ayuntamiento de Madrid

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

SIROP Jarabe del doctor CHABLE

— EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE —
Se vende en Farmacias y Droguerías



CATARROS
antiguos
y
recientes

TOSES, BRONQUITIS
radicalmente **CURADAS**
POR LA

SOLUCION PAUTAUBERGE

que procura **Pulmones robustos**,
despierta el **Apetito**, aumenta
las **Fuerzas**, seca las **Seorreciones**
y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.

A los ASMÁTICOS A los que se sofocan A los que tosen

Los médicos dicen hoy: Usad los
POLVOS LOUIS LEGRAS
Es un remedio maravilloso que calma instantáneamente
los más violentos accesos de **Asma**, la **Tos** violenta y
prolongada de las **Bronquitis** antiguas, e **catarro** y
as consecuencias de la **Influenza**.

Los **POLVOS LOUIS LEGRAS**
dan siempre los mejores resultados
En todas farmacias hispano-americanas
En Buenos Aires: **BADARACCO Y BARDIN**, 569, Cuyo
H. BERTHIOT farma,
14, rue des Lions, Paris

Aberdeen

Sastre
Escocés

1, rue Auber

5, b. Malesherbes
PARÍS

Casa fundada en 1831

El mayor surtido
en paños ingleses
y escoceses :: ::



Especialidad en Homespuns



Ayuntamiento de Madrid

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año I°
1.º Dicie 1913
Precio
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes
Director : José MUÑOZ ESCÁMEZ
222, Boulevard Saint-Germain, Paris Teléfono 757-90
Sucursal, 471 - Calle de Sarmiento, Buenos-Aires

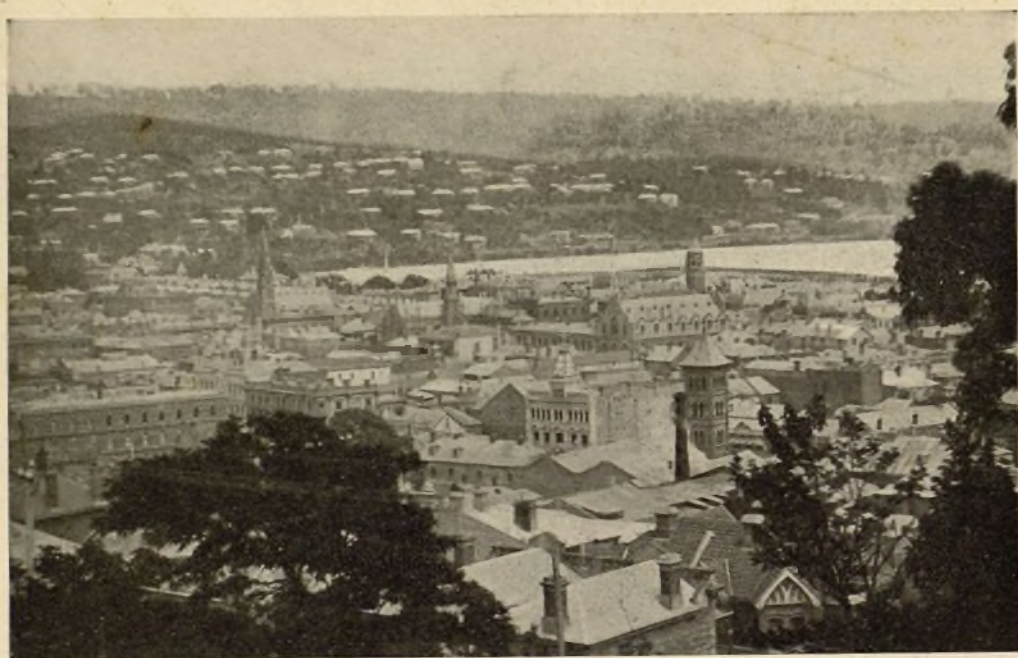
N° 11
Suscripción
20 francos
por año

SUMARIO

♦♦♦ ♦♦♦

Los últimos maories, por <i>Ladislao Bolski.</i>	2	Balzac, íntimo, por <i>Angel</i> <i>Toledo</i>	41
Actualidades	7	Por el hierro y por el fuego.	47
Curiosidades : Los cien ami- gos del hombre	13	"Le Chic" (cartas de una pari- siense), por <i>Simone</i>	53
Una ciudad que renace,	19	Gran Mundo.	56
El cóndor barbudo	22	Ensalada, por <i>Luis Bonafoux.</i> .	57
De los lares de Guarán, por <i>Carlos Barreiro Pesquera</i> . . .	23	El casco del gendarme . .	58
¡A comer con música! por <i>J. Xaudaró.</i>	27	Osos contra osos, por <i>Claudio</i> <i>Albaret</i>	59
El reino del silencio, por <i>Antonio Muñoz Pérez</i>	29	El secreto de la momia, por <i>J. Meirs.</i>	63
Los penachos del opio. . .	37	Actualidades deportivas. .	67

Próximamente aparecerá el número de Navidad



Viendo esta fotografía á nadie se le ocurre pensar que está en Nueva Zelanda. La civilización y el progreso han llevado á ella todas las comodidades modernas y el Launceston de hoy, ayer poblado por salvajes maories, es una ciudad como París, como Madrid, como Londres, como Nueva York. Los indígenas están en el interior guardando avaramente sus costumbres ancestrales. Afortunadamente el número de maories, en estado primitivo, disminuye tan rápidamente como aumenta el de blancos. Actualmente el número de éstos es de 820.000 y el de aquéllos sólo es de 40.000.

Los últimos maories

La civilización va entrando poco á poco hasta los lugares más apartados del mundo, hasta los rincones más escondidos de las selvas, talando bosques y agujereando montañas para tender líneas férreas, surcando mares vírgenes para llevar á los antípodas los productos artificiales y ofreciendo á los seres de color trajes pintorescos para que cubran su primitiva desnudez y demostrándoles que la carne de ternera es bastante más sabrosa que la de hombre.

La conquista se va haciendo con desesperante parsimonia porque los hombres primitivos, tradicionalistas irreductibles, oponen una resistencia... activa, que hay que vencer á costa de enormes trabajos y no menos enormes cantidades de dinero; pero las razas salvajes van desapareciendo, y ya hoy no se puede afirmar con regularidad absoluta si el elegante señor que va á nuestro lado en el tranvía es un distinguido cafre ó un ilustre *sporman* hotentote á quien el sol y

el ejercicio físico obscurecieron la piel, dándole un sello de salud muy *chic*.

En el centro de Africa hay ya ciudades casi modernas, y en Nueva Zelanda el número de sus indígenas disminuye rápidamente. Los ingleses han conseguido hasta que los maories vayan á la escuela.

CUENTA LA TRADICIÓN

Cuenta la tradición que hacia el año 1400 de nuestra era unos 800 hombres emigraron de Hawaiki (islas Samoa-Oceania) lanzándose al mar en veinte frágiles piraguas, en busca de nuevas tierras. Más de mil leguas navegaron aquellos conquistadores sin encontrar tierra, hasta que, cuando perdían toda esperanza, llegaron á un país de ensueño.

Bosques inmensos, cuyos árboles, de un verde esmeralda, extendían bajo el cielo azul sus ramas protectoras, les brindaron paz y sosiego. Mil y mil insectos poli-



* Nueva Zelanda tiene enormes montañas cubiertas de nieves perpetuas y sus vértices, como el Ruapehn (1.981 metros), el Cook (3.768 metros) son cráteres apagados ó lagos apacibles. Lluvias torrenciales caen sobre las montañas del Oeste, vertiendo después en el mar de Tasmania.

cromos poblaban aquellas selvas que parecían deshabitadas; los más fantásticos pájaros, de plumaje sombrío, huyeron asustados ante la presencia de aquellos seres implumes y hasta el apterix (sin alas) contempló con sus ojos mortecinos á los atrevidos «personajes» y lanzó al aire un extravagante grito que le valió el nombre *Kiwi-Kiwi* con que más tarde habían de conocerle los zoólogos antes de ponerle un nombre griego.

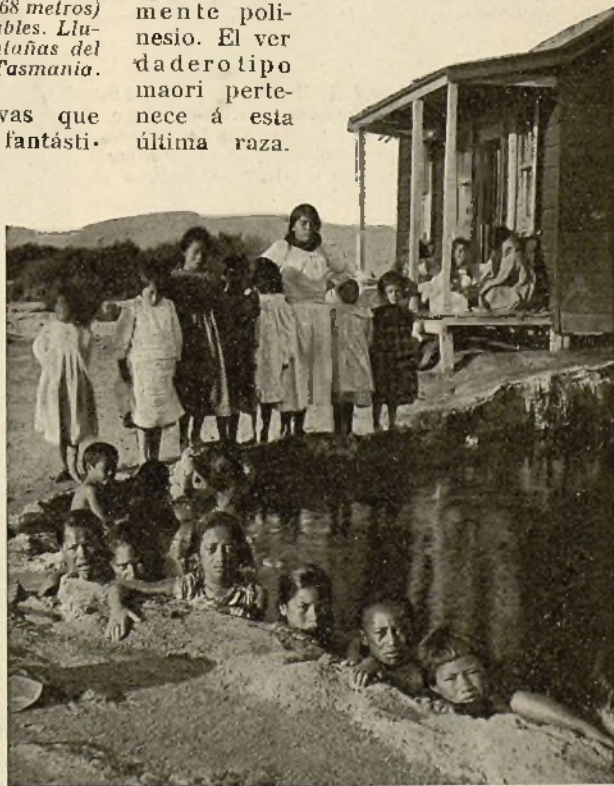
Los maoríes «pura sangre» no han querido civilizarse y, retirándose al interior de las tierras, conservan sus costumbres históricas. Sólo han tomado de sus conquistadores el traje, modificándolo, naturalmente, á sus gustos. Nuestra fotografía nos muestra á unas chicas, bañándose en uno de los innumerables lagos que hay en la isla; pero; cuidado! que si el agua se enfria...

El clima suave, los innumerables lagos, la naturaleza que parecía cantar una eterna primavera y la ausencia de vecinos molestos, debió decidir á aquellos 800 hombres á establecerse en aquel país de cuento de hadas.

De aquellos escasos centenares de hombres nacieron los maoríes de hoy que pueblan Tasmania, así llamado este país por el navegante holandés Tasmán que, con dos navios de Batavia, llegó á una bahía de la isla del Sur (*South Island* ó *New Munster* el 18 de septiembre de 1642. Más tarde, en 1769, el capitán Cook desembarcó en Turanga (isla de Auckland), posesionándose del país en nombre de Inglaterra, lo que no impide que franceses, españoles y holandeses se hayan disputado su descubrimiento.

Cuando los europeos visitaron Nueva Zelanda, sus indígenas vivían en pueblos fortificados (*pahs*) erigidos en las cumbres de las colinas ó en las penínsulas, y estaban en continuas guerras.

Los maoríes se componen de dos elementos étnicos; uno que tiene grandes afinidades con la raza melanesia y otro que es puramente polinesio. El verdadero tipo maorí pertenece á esta última raza.



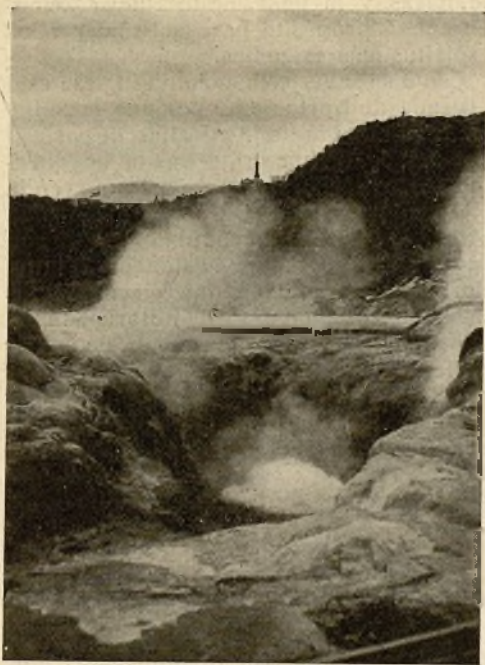


La raza de los maories belicosos que celebraba cada victoria con sabios y artísticos tatuajes, usa hoy — como la prenda más elegante — unos abrigos encantadoramente grotescos. "Hoy las ciencias adelantan..."

EN LA PARTE INFERIOR.— *Dos amigas se frotan mutuamente las narices como prueba de afecto*

Vista de la ciudad de Lyttelton, en la isla del Sur del Archipiélago de Nueva Zelanda. Constituye el puerto de Christchurch y su privilegiada situación está protegida por la prolongación de la península de Banks. El puerto puede admitir los barcos de mayor tonelaje.





Cordillera que va de Norte á Sur en Nueva Zelanda, de origen volcánico, cuyos hermosos "geysers" están en constante actividad.



Los maories, conquistados por la civilización inglesa, acuden á las Escuelas establecidas por el Gobierno

Es alto, de tez cobriza, cabellos negros, lisos y abundantes, ojos rasgados, nariz chata y saliente, labios abultados, anchas mandíbulas y cráneo dolicocefalo.

Poco á poco han ido abandonando su salvajismo, aunque sin prescindir por completo de la suciedad é indolencia ancestrales, pero son honrados y fieles á sus promesas. El gobierno británico ha abierto centros docentes á los que acuden los indigenas con bastante asiduidad y desde 1872 son electores y elegibles. Ya



El suelo de Tasmania, muy quebrado á causa de su origen volcánico, presenta grandes dificultades para establecer vías de comunicación. Sobre la garganta de Launceston los ingenieros ingleses han tendido ese magnífico puente.

no se ve sobre los hombros de los maories la espuerta llena del *formicus tenax*, preciosa planta textil que abunda en las islas, sino las correas, de las que pende el cartapacio del colegio.

Las mujeres, especialmente, han entrado más en la civilización y no desdeñan el dilettantismo y los placeres de Europa, y así se les puede ver en sus paseos por las orillas de los lagos luciendo los vestidos más encantadoramente grolescos que puede imaginarse. El abrigo, sobre todo,

es la mayor muestra de elegancia, y la maorí acude para ponérselo á todas las artimañas de la nueva coquetería importada por la civilización europea.

Sin embargo, existen aún maoríes irreductibles que conservan sus tradiciones, como un avaro sus tesoros.

Una de las costumbres más típicas de los indígenas de Nueva Zelanda consiste en frotarse las narices mutuamente como prueba de afecto.

Cuando se ven dos amigos, dirigen primeramente una amable sonrisa, hacen luego una graciosa pirueta y después la emprenden á narizazo limpio (?).

Estos maoríes «pura sangre» se han adentrado en la isla huyendo de la civilización y sólo han tomado de sus conquistadores el traje, arreglado, naturalmente, á su manera. Conservan sus costumbres antiguas y, como sus antepasados, guerrean constantemente, sometiendo á la esclavitud á la tribu vencida y escribiendo su victoria los vencedores en su propia piel, porque la tradición les manda que se hagan un nuevo tatuaje después de cada combate. Hoy sólo quedan unos 40.000 indígenas maoríes contra más de 820.000 blancos.

No tardarán en imponerse éstos y los pintorescos maoríes quedarán borrados del mundo.

GEYSERS MISTE- RIOSOS

Las condiciones clima-

tológicas y la belleza de Nueva Zelanda son á propósito para satisfacer á los espiritus más exigentes.

Como se sabe, esta colonia inglesa está cruzada de Norte á Sur por una cordillera, paralela á la de Australia, de origen volcánico. Muchos cráteres son hoy hermosísimos lagos, como el de Taupo (en la isla del Norte) á cuyo alrededor brotan *geysers* en perpetua actividad y que son los más hermosos que existen en el mundo. Las aguas de los que circundan los lagos de Rotomahana y de Rotorua, tienen la propiedad, cuando se enfrían, de cubrir de fantásticas incrustaciones los objetos que tocan, y un Carlos Foley podría hacer un cuento terrorífico inspirándose en esta real fuente de Maliroc. Cuando están calientes, los niños se bañan en sus aguas, pero tienen que huir antes de que se enfrien...

Lo quebrado del terreno ha obligado á los ingleses á hacer grandes obras de ingeniería para establecer las comunicaciones, como el gigantesco puente tendido sobre la garganta de Launceston, que publicamos.

En cualquiera de las grandes ciudades de Nueva Zelanda, como Auckland, Wellington (en la isla del Norte), Launceston, Dunedin, Christchurch (en la isla del Sur) — ambas islas forman la Tasmania — se encuentran todas las comodidades modernas, y para que no falte nada, en Lyttelton hay un puerto capaz de recibir á los navíos de mayor tonelaje y Dunedin es un importante centro de explotación aurífera..



LADISLAO
BOLSKI.

Los maoríes irreductibles conservan sus viejas tradiciones. Esas mujeres están practicando la danza ritual de Poi en el interior de Whakarewarewa.



ACTUALIDADES



FRANCIA

No se pasa año sin que Francia lamente, una región después de otra, las consabidas inundaciones invernales. La región inundada últimamente por el Saône, una de las más florecientes y prósperas de Francia, ha sido grandemente perjudicada, habiendo quedado muchos campos convertidos en verdaderos pantanos, y no pocos publicillos sufrieron también las dificultades de la inundación. El grabado representa á dos obreros, sacando el agua que invadió las tuberías.



El Sr. Moreira de Almeida, director del diario monárquico "O Dia" que acaba de ser detenido en Lisboa á bordo del barco danés "Texas". El Sr. Moreira y su hijo están comprometidos en el último complot contra la República portuguesa.



La casas inmediatas también fueron inundadas. Los pobres gentes han visto destruido el sueño de muchos años, el esfuerzo de

su trabajo. Á la izquierda, unos barqueros transportando víveres á las personas que las aguas sorprendieron en sus moradas y que, prisioneros de improvisto, contemplan á su alrededor la crecida de la inundación. Es un espectáculo verdaderamente conmovedor.



Alfonso XIII saliendo del Museo de los Inválidos, al que hizo una detenida visita. A la derecha el general Michel, Gobernador militar de París, y á la izquierda el general Niox, director del Museo.



Don Alfonso y M. Loubet camino de Rambouillet para asistir á la cacería organizada por el Presidente de la República francesa en honor de nuestro soberano.

Fotografía de otra de las excursiones cinegéticas organizada por el Marqués del Aguila, en Compiègne. El Marqués y sus invitados.



El arzobispo de París, Monseñor Amette, consagrando la Iglesia francesa de la Trinidad. A la derecha, el virtuoso prelado saliendo del templo, terminada la solemne ceremonia.





Visita del nuevo Embajador de Inglaterra al Presidente del Consejo de Ministros.



M. Hardinge, al salir de Palacio de presentar sus credenciales á S. M. el Rey.



El nuevo Ministro del Perú, saliendo de Palacio de presentar sus credenciales al Rey, acompañado del Introdutor de Embajadores, Sr. Heredia.

S.A.R. la Infanta Isabel, hablando con el duque de Tamames, en las carreras de caballos.



AVILA

Aspecto de la Plaza Mayor durante la jura de



los "Boy-Scouts" á cuyo acto asistieron 200 exploradores madrileños.

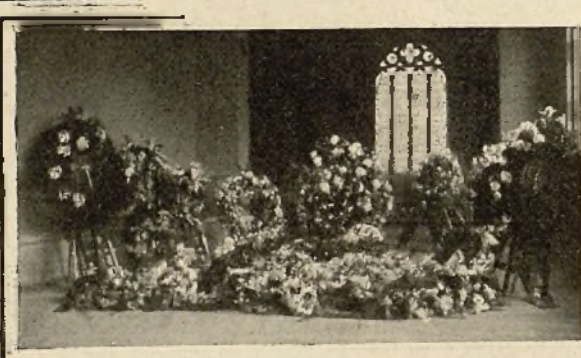




ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE CANALEJAS

El conde de Romanones y el Sr. García Prieto, depositando flores en la tumba del malogrado estadista

La tumba de Canalejas, cubierta de flores y rodeada de coronas.



Saliendo de los funerales celebrados en los Jerónimos

Apertura de Curso del Ateneo, con el descubrimiento de la lápida en honor de D. Juan Miguel de los Ríos, iniciador que fué de la fundación de dicho ateneo.



María Guerrero, en "El Retablo de Arellano", de Marquina, estrenado en el teatro de la Princesa.

Escena final del primer acto del drama "Nuestro enemigo", de J. Lopez Pinillos, estrenado en Price par la compañía que dirige Enrique Borrás.

El general Azcárraga, al tomar posesión de la Presidencia del Senado, rodeado de la Comisión de senadores, y secretarios de dicha Alta Cámara.



Marsella ha recibido la visita, estos últimos días, de una escuadra yankee. En nuestra fotografía puede admirarse el acorazado "Vermont", uno de los más hermosos y potentes de la marina de guerra norteamericana. A la izquierda puede contemplarse la torre de proa del acorazado "Ohio", curioso enrejado de acero y admirable obra de ingeniería. La escuadra zarpará en breve, y los marinos no olvidarán la acogida simpática y franca que les ha sido dispensada en Marsella.



Los Estados Unidos, en vista de los incidentes ocurridos en México, han movilizado sus tropas, continuando así una política internacional, harto conocida, pero que no halla eco alguno de simpatía.

Las tropas yankees prontas á embarcar. Estas escenas pintorescas serian gratas, si, en el fondo, no se apercibiera el espectro fatídico de la guerra. Afortunadamente, la situación de México va aclarándose, de lo que nos felicitamos muy de veras.





En la Alcaldía del X distrito de París se ha organizado una interesante exposición de trabajos ejecutados por los alumnos de las escuelas profesionales de Artes y Oficios.



Una fase del duelo Torcorm-Breitlmayer. Este, que es un formidable tirador, hirió á su adversario en el brazo y en el pecho.

El bajá Kiamil, de Turquía, que tan activamente intervino en la política de su país, acaba de fallecer.



El jefe de una cuadrilla de bohemios y sus dos hijas que se han trasladado con otros compañeros á Ilford (Inglaterra) promoviendo una protesta general de los habitantes de esta población, que se niegan á convivir con los trashumantes.

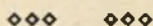
El teniente Torcorm, oficial rumano, que vino á París y desafió en nombre de sus colegas, al periodista Breitlmayer por los artículos que éste ha publicado, emitiendo opiniones poco favorables acerca de Rumanía.



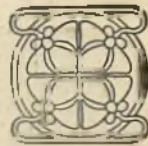


El sapo, con su cuerpo repulsivamente cubierto de pústulas y escamas, es uno de los humildes amigos del hombre. Le reconoce en seguida, y en su mano toma el alimento como podría hacerlo el más granujilla y simpático de los gorriones.

CURIOSIDADES



Los cien amigos X del hombre X



Amigos y muy excelentes del hombre fueron y son el perro, el caballo, el gato. Entre unos y otros han existido siempre relaciones cordialisimas, y la Historia registra infinidad de rasgos que lo prueban. La loba de Rómulo y Remo, *Argus*, el perro de Ulises, *Bucéfalo*, el caballo de Alejandro, al que éste dedicó una tumba, é *Incitatus*, al que Caligula nombró cónsul, asignándole una guardia de senadores que se relevaban para suministrarle el pienso...

Pero ahora vamos á hablar al lector de otros amigos del hombre, muchos de ellos aparentemente odiosos, de aspecto repugnante algunos, vilipendiados los más, que gozan de fama de crueles ó taimados ó

peligrosos, y que no sólo son en absoluto inofensivos, sino que merecen nuestra piedad, cuando no nuestro cariño.

Digamos, de pasada, que muchas veces la injusticia ó un inexplicable desvío, se ha cebado en animales tan nobles y leales, por ejemplo, como el perro, á quien—según frase de un humorista—no le falta más que tener dinero para ser el mejor amigo del hombre. Alejandro Dumas, hijo, odiaba al perro, y hasta lo manifestó públicamente en letra impresa. Con singular ironía atacó á este cuadrúpedo, reprochándole porque «da vueltas estúpidamente para cogerse el rabo» ó ladra á toda persona que viste andrajosamente. En cambio,



Victor Hugo sentía cierta predilección sentimental por el sapo...

¡Oh, no hagas un gesto de repugnancia, gentil lectora! El sapo, sí, el símbolo literario de lo

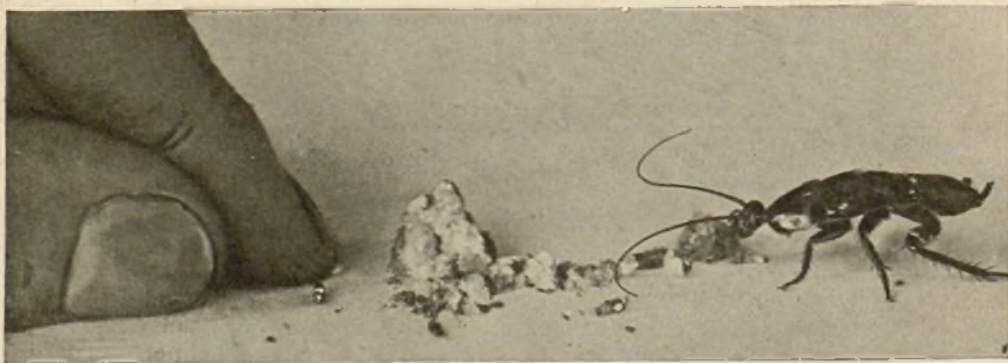


cuerpo horriblemente cubierto de pústulas y escamas, es uno de los amigos humildes del hombre. ¿Qué importa su apariencia, si es de mansa condición? *No vale el azor menos porque en vil nido siga...* — decía el rabino Sem Tob.

La experiencia ha demostrado que este inofensivo batracio es particularmente sensible a los encantos de la música. Según parece, los solos de flauta le fascinan; efecto filarmónico, por otra parte, ya comprobado con animales de veras peligrosos. Recordemos las serpientes, que en la India y en África exhiben domesticadores callejeros, conquistando la admiración del público.

El sapo, además — vencidas, como es de suponer, las epidérmicas repugnancias que su traza determina, — juega como un falderillo dócil con el hombre, y en la palma de su mano toma el alimento que se le da, una mosca, un insecto cualquiera...

Lo mismo acontece con las avispas — las de la cólera temible y el aguijón doloroso, — que algunos individuos han logrado «domesticar». Hoy pasean tranquilamente por sus manos y su rostro, y el paciente mortal las acaricia con el dedo, atención a la que estos himenópteros se muestran muy reconocidos.



En lo alto, la araña venenosa de América del Sur; abajo la "cucaracha de las Antillas". Feos, repelentes, inmundos bichejos, demuestran sin embargo, con su conducta, que son acreedores a la compasión del hombre.

odioso, de lo impotente, de lo ruin, el animal que, según el vulgo, «hace mal de ojo», inseparable compañero de brujos y hechiceros. El sapo, con su

El hombre encuentra infinidad [de amigos semejantes, que, por feos ó por repulsivos, no merecieron nunca una mirada de simpatía, una atención cordial. Amigos

gozquecillo cualquiera — comían en la misma mesa que ellos y se deslizaban entre platos y copas sin derribarlos, buscando el calorillo del pecho, donde se refugiaban...

preteridos injustamente, que por su pequeñez ó su aspecto, por ignorancia unas veces, por perverso instinto de maldad otras, fueron víctimas de persecuciones crueles y de leyendas "absurdamente calumniosas.

¿Qué diríamos de la sierpe? Su domesticidad es notoria. Y tampoco data de ayer. A pesar de su mala fama y de que — confesémoslo noblemente — este reptil nos es antipático, como todos los ofidios, en la antigüedad, gozó de positivas preferencias por parte de las mujeres, muchas de las cuales llegaron hasta á criar á algunos de ellos.

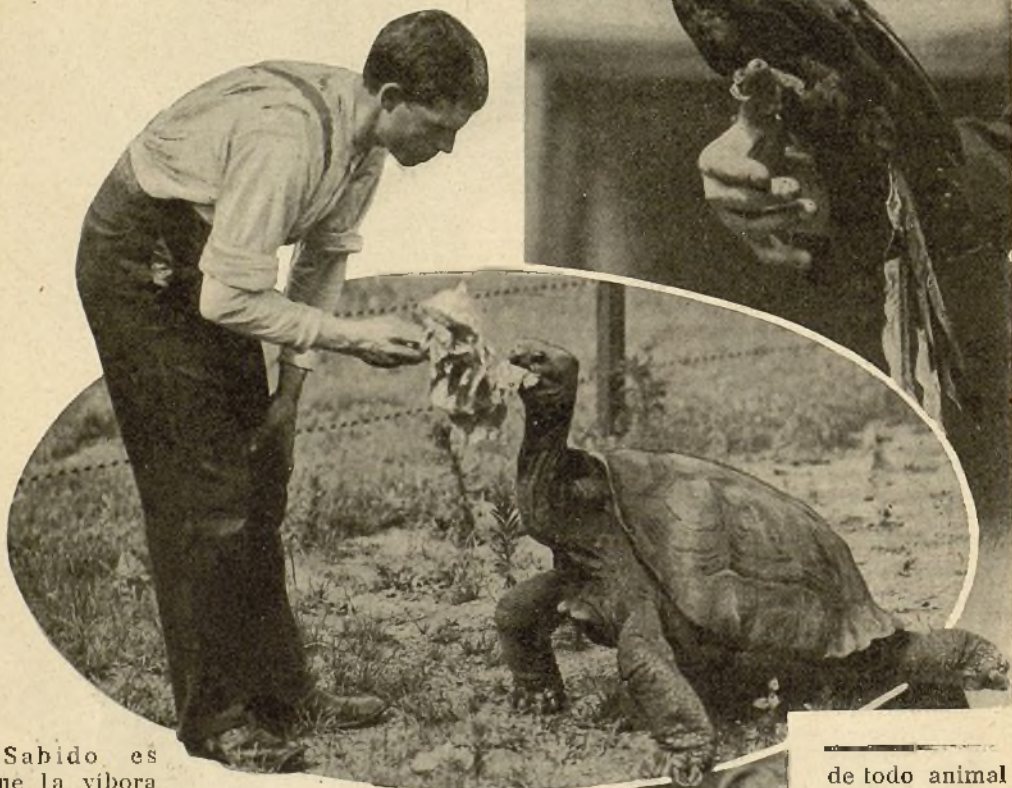
En su mano comían, y á su cuello las ceñían como collares frescos y caprichosos. Plinio y otros escritores Romanos cuentan que las serpientes, familiarizadas con sus dueños — como hoy pueden estarlo un canario ó un



Ved á una sierpe ciñéndose inofensiva y artísticamente como una pulsera. ¿Y el lagarto, ese ex celente amigo, injustamente calumniado, cuando no perseguido con incomprensible saña? La fotografía demuestra, con harta elocuencia, su "sociabilidad".

Ayuntamiento de Madrid

A pesar de su pico extraordinario, el tucán es lo que podríamos llamar "un infeliz". En cuanto a la tortuga, la amabilidad del hombre, más una hoja de col, la conmueven y domestican de un modo definitivo. Y esa variedad de saltamonte, al que Linneo llamó "mantis religiosa", acepta, reconocidísimo, las moscas que le ofrecen.



Sabido es que la vibora no muerde sino cuando la atacan. La ternura del hombre padece, á ratos, ofuscaciones, derivaciones no siempre plausibles, es cierto; pero tampoco deja de ser una triste verdad que el hombre demuestra con frecuencia instintos crueles que urge extinguir.

Esto nos recuerda el caso de cierto individuo que, tan ignorante como enemigo

de todo animal que no le reportase utilidad alguna, cogió cierta vez un topo y, deseoso de torturarlo, ya que no decidido á privarle ínclementemente de la vida, tuvo la ocurrencia de...! enterrarle vivo!

Por insano afán de destrucción, otro individuo mató también á cierto lagarto «cono-



cidísimo » en una estación férrea situada no lejos de París.

Los viajeros entretenían agradablemente las horas de espera viendo al animalito que salía de su agujero y acercábase confiado á tomar el alimento que una mano compasiva le brindaba. Llamábanle *Habit-vert* y, como se dice de ciertos personajes, «gozaba de generales simpatías». Pero, una vez, llegó el que podríamos llamar «traidor de melodrama», y aprovechando un momento de soledad, mató porque sí, aplastándole con el pie, al pequeño saurio. Y no se sabe si se lo comió, según acostumbra muchos campesinos; pero lo cierto es que, desde el jefe de estación hasta el último — único, mejor dicho — mozo de equipajes, todos afearon como se merecía el comportamiento de aquel bruto...

La *mygala*, araña venenosa de América del Sur, — semejante á la que amenizaba las horas de soledad que pasaba Pellisier en la cárcel, — sólo ofrece peligros para los paseantes que, no conociéndola, expresan con sus gritos ó aspavientos, el natural miedo. Pero si se pasa á su lado tranquilamente — como acontece, según ya se ha dicho, con las víboras, — el insecto no acomete nunca, y el viandante puede continuar su paseata.

La «cucaracha» de las Antillas come también, si se lo dan, el alimento en la palma de la mano, lo mismo que un gorrión vagabundo.

Y otro tanto puede decirse de la ardilla... aunque este animal desprende un olor verdaderamente insoportable, lo cual es una desgracia tan sensible, por lo menos, como la de la camelia... que no huele.

OTROS AMIGOS, INESPERADOS Y BONDADOSOS

¿Quién no recuerda la *piazza* de San Marcos, de Venecia, con sus lamosas bandadas de palomas, encanto de todos los «touristas», alegría de la hermosa ciudad de los canales?

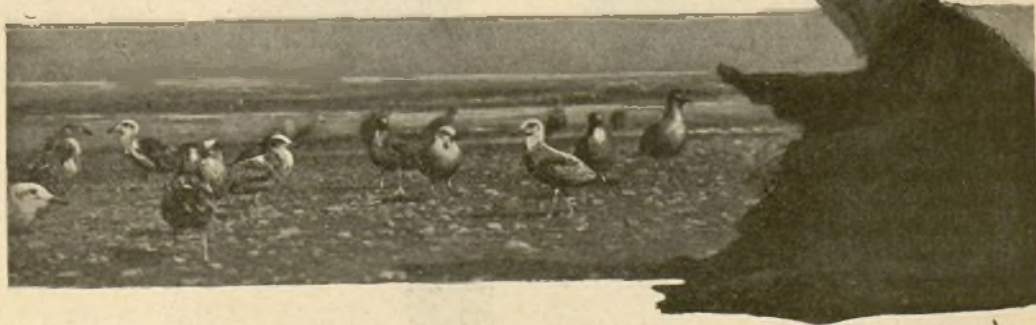
¿Quién, que haya estado en París, no ha ido á ver las Tullerías, á ver al famoso «hombre de los pájaros», que tiene piadosos émulos en el parque Montsouris, en el de Monceau y en el bello jardín del Luxemburgo?

Á todos los gorriónes los llama el popular anciano por su nombre — en lo que demuestra cierto ingenio, muy saboreado por los espectadores — y los pajarillos se posan en sus manos, en sus hombros, en su sombrero, en su misma boca...

Pero no se trata ahora de tan simpáticos amigos, sino de otras aves que no estamos tan acostumbrados á tratar, de otras aves más ó menos hermosas, algunas de las cuales han inspirado en ocasiones á los poetas adjetivos poco laudatorios.

Si la naturaleza no les favoreció, no por eso merecen menos nuestra simpatía. Urracas, mochuelos, lucanes, mantienen cordial *entente* con el hombre. Estos casos, por raros, son más notables. Nuestros antepasados festejaban á la lechuza, y Nerón tenía un águila amaestrada que se dejaba acariciar.

El lucán, con su enorme pico, es un pájaro muy «sociable» también. Conoce pronto á su dueño y juega



Las gaviotas, las simpáticas aves que tanto alegran los puertos de mar, saben que en la mujer tienen una amiga bondadosa tranquilas y dóciles, en la playa, parecen palomas, como las que en la plaza de San Marcos impiden el paso á los turistas, y se retratan con ellos.

con él mansamente. ¡Y las gaviotas? A pesar de las escopetas de los cazadores, no rehuyen al hombre y, sobre todo, a la mujer. En ella presienten una bondadosa amiga y en torno suyo revolotean, con sus largas alas, que tan decorativamente se extienden sobre la inmensidad, siempre magnífica de los mares.

Además de las aves, aún podemos contar con las focas, las tortugas... ¿Qué supone ya el laborioso y clásico amaestramiento de pulgas ó de elefantes?

Fíjate, lector, en esa gigantesca tortuga, que complacidamente mordisquea una hoja de col. ¿Y esa otra foca amaestrada? El temor se trueca en confianza, cuando el hombre les brinda el alimento. Y, á su manera, expresan su gratitud. Focas se ha visto que murieron de desesperación en cuanto las separaron de sus amaestradores.

Consultado cierto famoso domador acerca del método que empleaba con sus «educandos», su contestación no pudo ser más breve ni elocuente:

— Azúcar, caricias y golpes.

Á todas estas cosas son sensibles los animales de que venimos hablando, y, como se ve, es un hecho la simpatía mutua que llega á unirles.

No; ni «es tan fiero el león como le pintan» — y esto lo decimos sin metáfora, porque Caracalla quería mucho á uno que comía aun dormía á los pies del lecho de este emperador, — n

puede justificarse en modo alguno, la incultura que revelan tantos hombres y, lo que es peor, tantos niños persiguiendo á animalillos, no sólo inofensivos, sino capaces de amenizar, á su modo, nuestra existencia.

Pero ¿quién se acuerda de ellos? En este punto, como en tantos otros, desgraciadamente, existen irritantes pretericiones. El caballo, el perro, el canario, el ruiseñor, el gato conviven con nosotros, porque, además de ser leales y cariñosos, son francamente bellos. Y esto, ¿justifica nuestro desvío por los desmaiados, por los feos, por los repulsivos? Camaradas simpáticos son también; tratémosles con menos severidad ó con menos indiferencia.

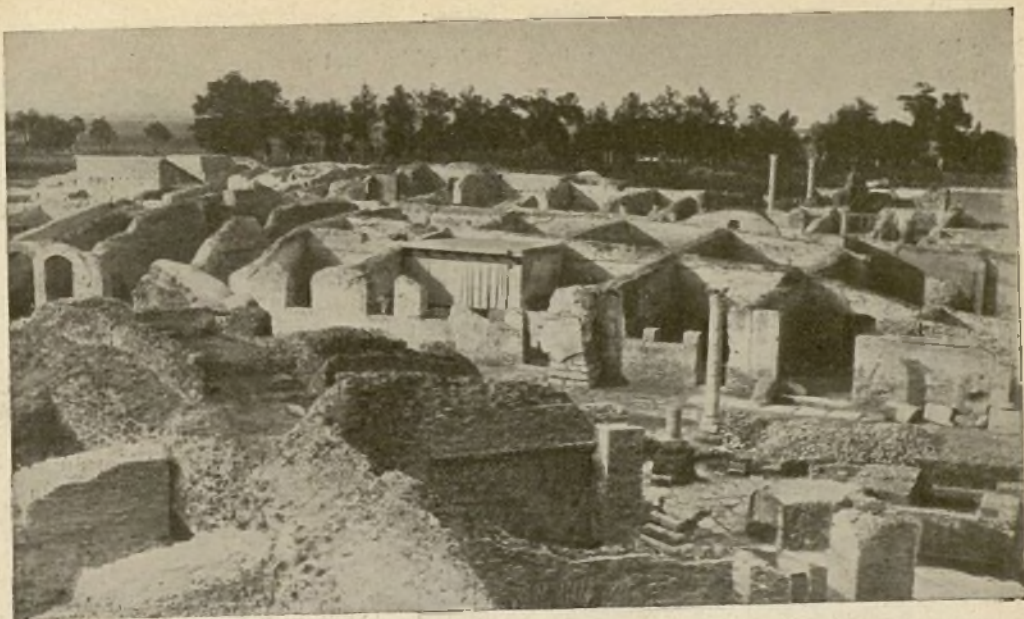
Por fortuna van desapareciendo las leyendas, poco piadosas, que crearon imaginaciones oscuras y menguadas. Y hoy sin incurrir en exageraciones, en sentimentalismos enfermizos, estos animales van conquistando la consideración que el hombre les niega todavía.

Porque preferir á los que son útiles ó son hermosos no basta, ya que en tales preferencias va una considerable cantidad de egoísmo. Y nunca está de más poner en todas estas cosas un poco de romanticismo, del sano, del indispensable, del de buena ley...

A. T.



Una foca amaestrada, que es tan dócil como caprichosa. Seguramente si la separasen de su amo, moriría de desesperación. De algunos ratones podría decirse lo mismo.



Visión general de las ruinas de Ostia, tal como acababan de ser descubiertas. En primer término, restos del gran Cuco.

UNA CIUDAD QUE RENACE

Empresa cultural y caritativa es la del arqueólogo. ¡Desenterrar la hermosura que yace oculta, sacar á la luz del sol las cosas que bajo ella fueron creadas, poner al descubierto una civilización remota, no como una herida sino cual un secreto que yacía entre el polvo, la hierba, la ignorancia y el olvido!

Bajo la voz piadosa y perseverante de estos estudiosos, una Pompeya, una Numancia, un Egipto se han levantado, á la manera del Lázaro del Evangelio. No son estas ciudades lo que fueron, sino joyas oxidadas, jaulas sin pájaros, momias sin vida; pero, de todos modos, el hombre acuciado por las nobles ansias de saber, halla, en las maravillas y curiosidades que ponen al descubierto las excavaciones, deleites, enseñanzas y aun lecciones que le sirven, dichosamente, para dilatar la esfera de sus conocimientos.

Si Cuvier pudo reconstituir con cuatro huesos un animal fabuloso, perteneciente á una especie ya extinta, el arqueólogo, con sus pacientes exploraciones de «mi-

nero», ateniéndose á cuatro piedras y otros tantos objetos, fija y da á conocer la vida de un pueblo, los fastos de una civilización, la característica, el alma de una época.

Y así, mientras el poeta — *¡Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora — campos de soledad, mustio callado...!* — llora, el arqueólogo indaga; y mientras aquél evoca con sus versos y sus lamentaciones la desaparecida urbe, éste, pacientemente, con sus reiterados esfuerzos de científico, la «re-edifica» podría decirse, que á tanto equivale el descubrirla, el sacarla de la sombra en que yacía, el abrir sus calles — por donde dejaron de resonar los pasos tardos y los pasos alegres — y el desenterrar sus palacios y sus teatros y sus templos, que callaban durante años y años, bajo la más cruel de las indiferencias.

Esto acontece con las últimas excavaciones realizadas recientemente en Ostia, el antiguo puerto de Roma, de la que

hace bastantes siglos distaba veintitantos kilómetros.

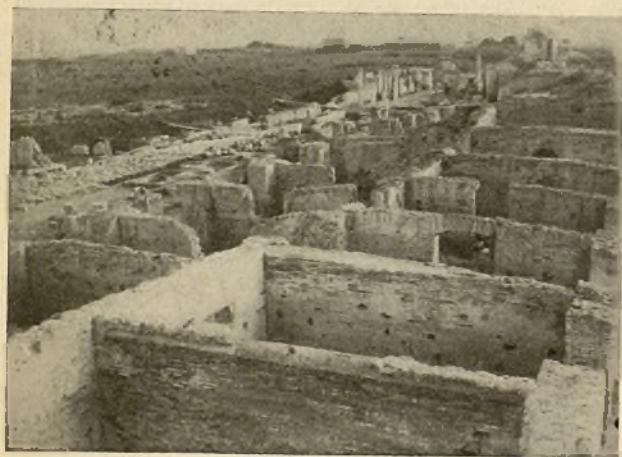
Después de un largo lapso de tiempo en que dichos trabajos quedaron interrumpidos, ahora han sido reanudados con verdadero entusiasmo, bajo la dirección del profesor Dante Vaglieri.

Todos los que á estas cosas se dedican

la finalidad del presente artículo lo permiten. Lo que importa saber es que hacia el año 830 de nuestra era, Ostia, la comercial, la activa, la alegre, se hallaba desierta, abandonada, en ruinas...

Hoy Ostia, mejor dicho, cerca de la antigua Ostia se eleva la moderna, que es un pueblecillo insignificante, azotado por la malaria. Y la que está descubriéndose, la que nos interesa, es la primitiva, la rival de *Portus Augusti*.

De ella han quedado descombrados el *Decumanus*, carretera ó camino que conducía desde el templo de Júpiter á la puerta principal de la población; los restos de una ermita con su ábside completo, cuya construcción, según personas competentes, remonta al siglo V de la era cristiana; dos magníficas estatuas decapitadas, capiteles y columnas que probablemente debieron formar parte de un monumento situado cerca del



El "*Decumanus*", calle ó camino principal de Ostia, donde todos los días encuentran los arqueólogos innumerables tesoros artísticos.

siguen con extraordinaria atención la marcha de tales excavaciones.

El mismo rey de Italia, tan amante de su privilegiado país, las ha visitado varias veces, tomando infinidad de fotografías, y conversando con el profesor Vaglieri y los ilustres compañeros que le secundan.

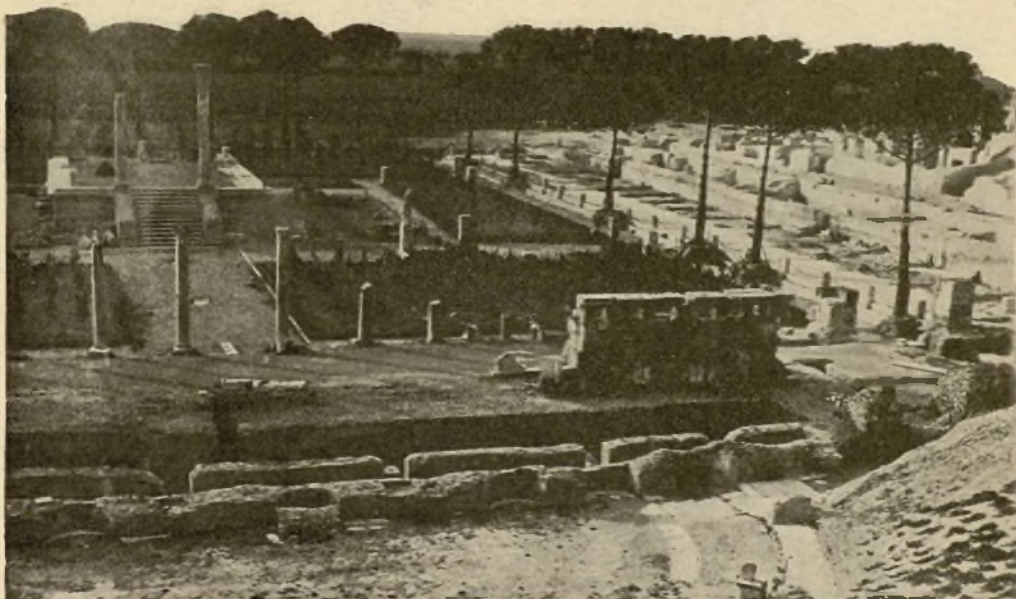
Hasta ahora lo que va descubierto es tan hermoso como interesante. Ostia, según se sabe, fué una populosa y activa población que contaba 50.000 habitantes, situada en la desembocadura del Tiber, á pocos kilómetros, como hemos indicado, de Roma.

Durante la segunda guerra púnica, adquirió una importancia considerable en su calidad de estación naval. Luego, el puerto, que era poco profundo, fué perdiendo importancia.

El agua se retiraba (actualmente el mar está á unos cinco kilómetros de la moderna Ostia) y el emperador Claudio mandó abrir otro, en la orilla opuesta, al que dió el nombre de *Portus Augusti*. Entre una y otra población surgieron rivalidades y competencias que no vamos á reseñar aquí, porque ni la extensión ni



El "*Sacrificador*", magnífica estatua descubierta cerca del Templo de las Ninfas.



Lo que queda del Templo de Vulcano. ¡Qué hermosa majestad la del ocaso de esta piedra! Alegrando tanta desolación junto á las columnas que aún se mantienen en pie, los pinos elevan su gallardo fuste y su gentil fastigio.

templo de Vulcano, y una fuente de ciertas proporciones con diversos juegos de agua.

A la izquierda del *Decumanus*, no lejos del teatro, donde se prosiguen activamente las excavaciones, acaban de descubrirse las paredes del pequeño templo de Júpiter y las del de las Ninfas, así como una estatua de extraordinaria hermosura y pureza de líneas, que representa un *Sacrificador*.

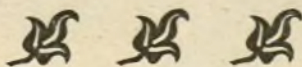
El circo, con el templo de Ceres—libres los edificios contiguos de los escombros que les cubrían—surgen majestuosos, elevando el cuádruple pórtico bajo el cual se congregaban las brillantes corporaciones que se hallaban en relación con la ciudad de Ostia.

Igualmente á ambos lados del *Decumanus* y del Circo pueden admirarse magni-

ficas residencias, públicas ó particulares. Se han encontrado mosaicos de gran mérito, sobre todo el de la *Via dei Virgilli*, que representa á las cuatro regiones que mantenían más frecuentes relaciones con Roma y Ostia: España, Sicilia, Egipto y la provincia de África.

Como se ve, va renaciendo la antigua población, aunque le falte el ruido, la vida peculiar y tumultuosa que tuvo. No importa. Hoy las piedras nos hablan con tanta elocuencia como la voz humana, y, por añadidura, nos transmiten la emoción que comunica un libro. Y para el que sabe oír, este montón de ruinas venerables suena á himno triunfal, aunque le vele la sordina, suave y dulce, de los siglos pasados.

ÁNGEL TOLEDO.





El condor barbudo

El cazador Agostino Paganone extiende las alas de su preciosa captura mostrando, orgulloso, el fruto de una peligrosísima exploración.

Entre los ejemplares más hermosos de la fauna alpina, cada vez más raros y cuya raza tiende a desaparecer, los naturalistas cuentan el *gypaetus barbatus*, llamado *Laemmergeier* por los alemanes y *buitre barbudo* por los italianos.

Este pájaro gigantesco, puede ser considerado como el condor de los Alpes, el rey de las supremas alturas por su conformación, sus costumbres y su organismo.

El condor barbudo, así llamado a causa de los largos pelos que tiene debajo del pico, se cierne a alturas superiores a 2.500 metros.

Su rareza, observada ya hace me-

dio siglo, y el hecho de volar a alturas inverosímiles hacen casi imposible su captura y son escasísimos los que lo han visto.

Dos cazadores de gamuzas, Agostino Paganone y José Garin acaban de matar a uno de estos grandes rapaces, en Toss. Tiene tres metros de punta a punta de las alas, las plumas de la cola alcanzan una longitud de 45 centímetros y pesa siete kilos. Su plumaje es negro ceniciento en las alas, la cola y el lomo, y amarillo en el resto del cuerpo.

...





DE LOS LARES **DE GUARAN**

Decidimos aceptar aquella invitación que caía en nuestras manos como del cielo para librarnos del hastío insoportable de los domingos metropolitanos.

Al otro día cogimos el primer tren de la tarde y después de tres horas de marcha descendimos en la vieja estación de Paraguari. Ya estaba allí esperándonos Totó, el ahijado de don Andrés, con los dos caballos preferidos de su padrino — el *Pangaré* y el *Alazán García*, — *parejeros* famosos en toda la comarca, ganadores de cuantas carreras se celebraron el año anterior en las *canchas* de veinte leguas á la redonda, nobles bestias que constituían el gran orgullo de su propietario y un lujo que le costaba la mayor parte de sus beneficios anuales.

Don Andrés nos trataba con honores excepcionales. No ignorábamos nosotros que su tropilla era tan numerosa como escogida y que por consiguiente al destinarnos sus *parejeros* como montados había querido testimoniarnos un aprecio enorme.

Totó abundaba en la misma creencia. Nos aseguró, además, que el hecho había causado sensación en todo *Capitán-Paró* — Paja brava — que así se llamaba el lugar, por cuanto era de pública notoriedad que en dichos caballos sólo montaba el *compositor* para *varearlos*, ó el *guano* en los grandes días de justa.

De la estación á las casas mediaba un trayecto de veinte kilómetros, más ó menos, distancia que era preciso recorrer á lomo de nuestras cabalgaduras.

Totó, para facilitar nuestra ascensión á los *recados* por la vía de los estribos — manera de montar *pueblera*, que el paisano consideraba con despreciativa mirada y sonrisilla irónica, — tuvo que tenernos al *Pangaré* y al *Alazán* de la brida, pues éstos se mostraban poco dispuestos á tolerar la más mínima conculcación de sus privilegios...

Pero malgrado toda resistencia, después de un largo cuarto de hora de brega, nos encontramos finalmente instalados en nuestros respectivos sitios y rompimos marcha...

El paisaje no podía ser más admirable: tal la plenitud soberbia en sus bellezas.

El camino, abierto á través de un ancho bosque, de árboles gigantescos, parecía pintado. El color de la tierra era roja como si se la hubiera teñido con toda la sangre vertida en alguna tremenda contienda de héroes.

Incorporándose con cada pequeña prominencia, para reclinarse en seguida en el suave plano de los declives, nos conducía hacia el valle, bajo un sol benigno de invierno paraguayo que tenía prodigiosos reflejos de oro y grana para iluminar los azules esplendores del cielo, un cielo purísimo, sin una nube, poblado sólo de avejillas que cruzaban raudas sobre nuestras cabezas envueltas en aquella divina borrachera de luz...

Los caballos andaban alegremente, olvidados ya de sus hoscas rebeldías del principio... Hasta se nos antojaba que se miraban los lustrados cascos con coquetería, á medida que sus huellas iban marcando en la fría arena de aquella ruta, rojo tapiz extendido sobre la esmeralda de los campos...

Ibamos dejando atrás el desfiladero, cuando al volver un *recodo* descubrimos la ancha cinta de plata de un arroyo — el *Itaky* — cuyas aguas cristalinas corrían blandamente entonando un levisimo canto monacorde, sobre un lecho de piedras blancas, muy blancas, y bajo el umbroso follaje de los árboles que inclinaban sus ramas sobre aquel mágico espejo como si quisieran admirar las verdes pompas de sus vestimentas ó ensayaran alguna graciosa reverencia...

Los rayos del sol atravesaban aquella espesura, como los largos alfileres de oro atraviesan una negra cabellera japonesa... Y sobre el suelo policromo sus discos de luz cabrilleaban siguiendo el rítmico mo-

vimiento de las hojas mecidas por la brisa suave, acariciadora.

Las flores — porque en la tierra de *Lambaré* las flores son eternas y no saben de desnudeces invernales — complementaban, suavizándolo, aquel magnífico decorado, mientras difuían en el ambiente — hadas silenciosas — la esencia exquisita de sus perfumes raros...

Apenas traspusimos el *Itaky* y los últimos linderos del bosque, avistamos á don Andrés, caballero en un magnífico tordillo, y á su hija, Gabriela, bella y arrogante amazona de diez y ocho primaveras que venían en nuestra dirección seguidos por una escolta pintoresca de paisanos de bombachas abullonadas, anchos sombreros de ala ribeteada y barbuquejos de seda, sus característicos ponchos de sesenta listas, sus flotantes pañuelos de color alrededor del cuello, sus bolas arrugadas como fuelle de acordeón napolitano, sus tremendas espuelas — sus *nazarenas* de treinta y dos púas, grandes como platos, sonoras como campanillas, bajo cuyo *tremolillo* se aplacan los ímpetus del potro más bravo — sus *niborevis* y sus *facones* enchapados en plata, y á un costado, mal disimulado bajo las cortas faldas de sus blusas, el niquelado cañón de sus revólveres descomunales...

Era aquel el *encuentro* — el *retopa roay* — que nos había preparado don Andrés, para honrar su convite honrando á sus convidados.

Pasados los primeros momentos de los saludos efusivos, don Andrés hizo una seña en dirección al grupo de paisanos que permanecían detrás con las cabezas descubiertas.

Dos de ellos que llevaban algo bajo el amplio embozo de sus ponchos hicieron avanzar sus cabalgaduras hasta situarse una á cada lado de la hermosa Gabriela.

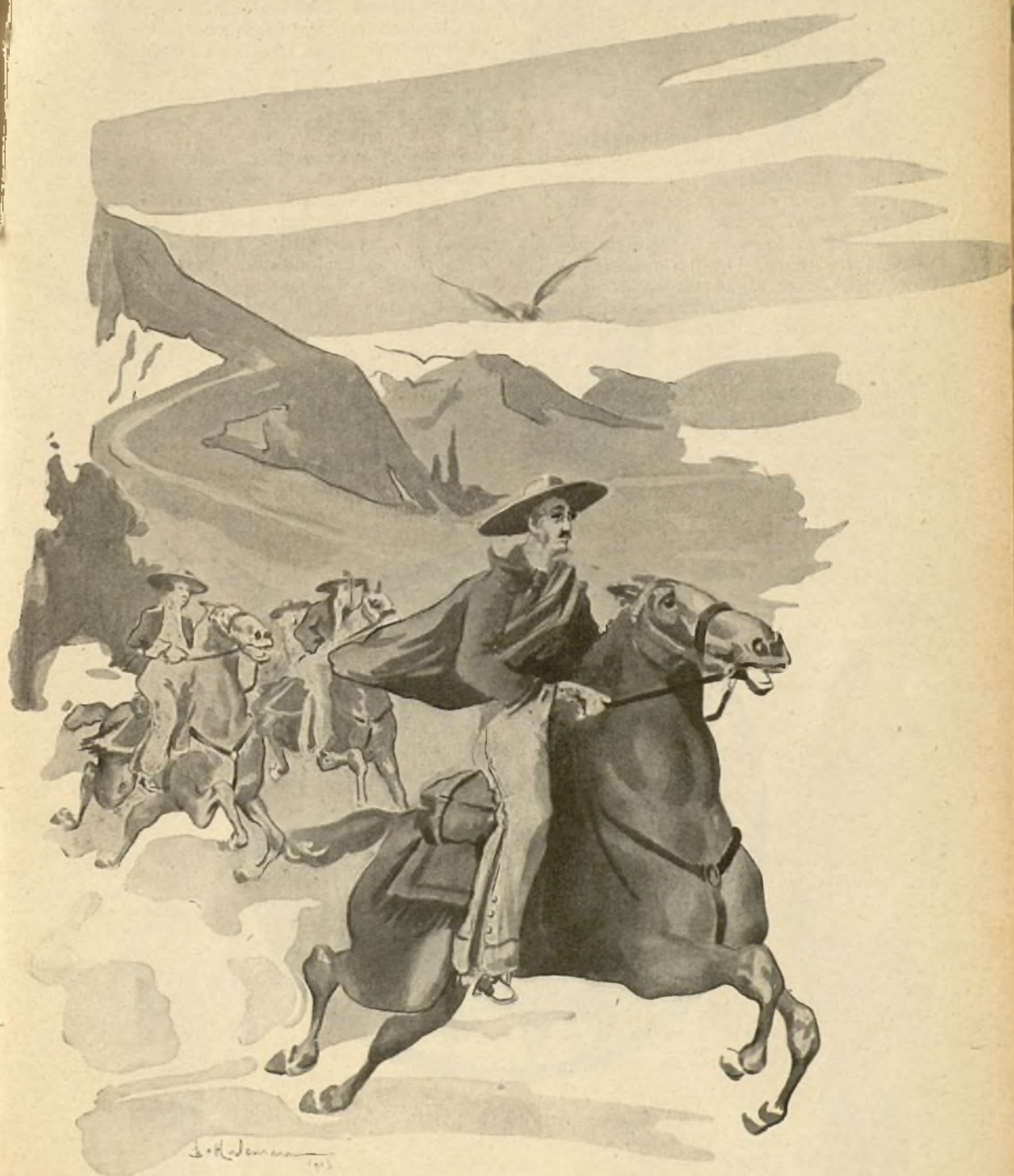
— Comiencen — dijo don Andrés aludiendo á los dos paisanos y luego dirigiéndose á su hija, agregó:

— Y tú también, Gabriela.

Los dos paisanos descubrieron dos guitarras.

Estallaron los agrestes rasgueos de los valles en las cuerdas del primer instrumento mientras el otro punteaba un sabio bordoneo para dar relieve á las notas bárbaras del *carreta güi*.

Y casi simultáneamente una voz dulcísima amplificó magníficamente aquella música, trasunto de heroísmos, de ter-



nuras increíbles, de amores, de victorias y de derrotas...

Gabriela nos decía la bienvenida en inspiradas estrofas guaraníes de Marcelino Pérez Martínez.

Las tradiciones todas de la raza parecían condensarse en aquel canto que hacía vibrar de entusiasmo el alma sencilla de la hermosa *gygná verá*.

El último verso arrancó una lágrima de felicidad de todos los ojos... y aquellos hombres bronceados, rudos, musculosos, anchos de tórax, que gozan llorando y lloran riendo prorrumpieron en un formidable alarido — ese mismo alarido que en otrora hiciera temblar los historiados escudos en el brazo férreo de los conquistadores — y comenzaron a dar fuego con el encendido cabo de sus cigarros a la mecha de cien cohetes voladores *ojhó jhaguá osapucay nanderyara pyri maicha ytepá los paraguay cuera ya bya cos ñandé retámpe* — « ¡para que vayan a gritarle a Dios nuestro gozo con el acento de sus estampidos y le diga de cómo somos fe-

lices paraguayos en nuestra patria chica! »

Los caballos con las crines erizadas por el terror, encabritados bajo las riendas poderosas que los reducían a la impotencia para la carrera, parecían danzar al compás de algún aire de guerra.

Entonces don Andrés, alzando su diestra poderosa de caudillo, guarnecida con el terrible *arreador*, gritó:

— ¡Al galope!

Y las bridas se alojaron sobre el cuello de los nobles brutos y las nazarenas mordieron en sus ijares tiñéndose de rojo... Y la carrera loca, fantástica, comenzó con el sordo estrépito de las tempestades desencadenadas, haciendo flamear en el aire los ponchos y los pañuelos, como flamea en el desierto el blanco turbante de los beduinos...

Y entre las últimas luces del día que se iba, comenzaron a lucir allá a lo lejos, los puntos rojos de las fogatas votivas...

CARLOS BARREIRO PESQUERA.

París, noviembre 7 1913.





Lector; si tienes hambre, lo más *Saint-Saens* que puedes hacer es meterte en un restaurant, sea para *Mozart* ó para *Suppé*, y llamar al camarero, pero tienes que llamar fuerte porque si no, no te *Audrán*.

Pídele la *Listz*, y haz tú mismo la minuta.

Te aconsejo como más sano, que pidas un *Weber* pasado por agua y luego un *Rubinstein* con patatas, pero de lenera, no sea caso que te lo vayan á dar de *Leoncavallo*.

Algunos higienistas, recomiendan comer algo *Valverde* porque dicen que es muy sano. Yo tendria que *Bertioz* para creerlo, y no estará de más que te abstengas si quieres evitar un *Bretón* de vientre. No obstante, si tienes empeño en comerlo, pide ensalada, pero alíñala antes con *Dominizetti* y vinagre.

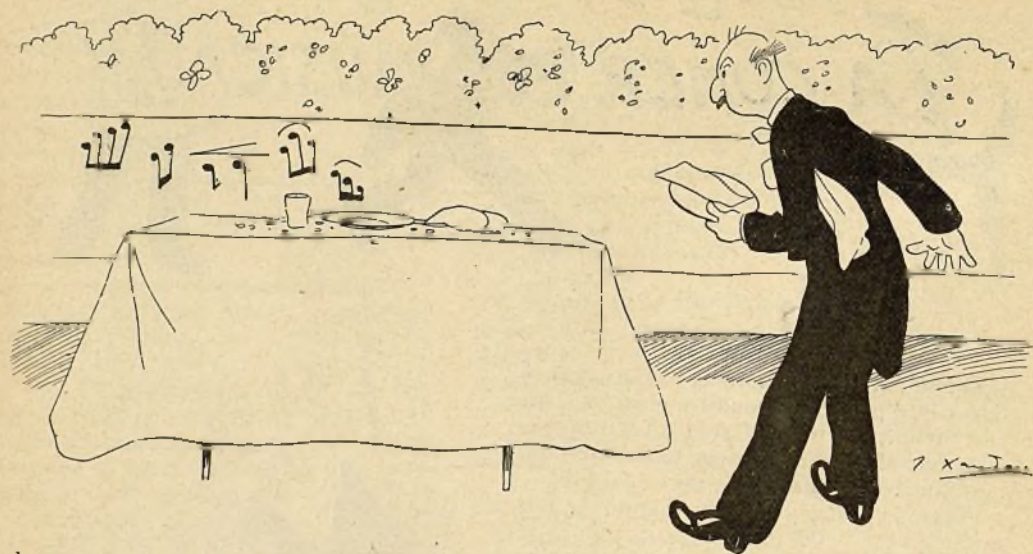
Bebe agua pura, ó con un poco de alquitrán de *Gounod* que es bueno para el pecho. Nada de vino. El vino es nocivo y puedo asegurarte que á mí *Meyerbeer* la sangre en cuanto lo pruebo. Todo lo más beberás una *Copée* y es bastante.



Después de la comida, si con el caté *Thomas* algo, que sea una copila de *Chartreuse Verdi*, que vendrá como *Pedrell* en ojo de bolicario.

Procura estar en la mesa con decencia y no *Mascagni* á dos carrillos. Bebe despacio. Á mí, me da *Grim* ver á cierta clase





de gentes, bebiendo con precipitación y haciendo *Gluck, Gluck*, como si vertiesen el liquido por un agujero.

En la mesa, no te *Schubert* los dedos aunque te gusten las viandas. Esto es muy poco *Bellini* y da una triste idea de una persona. Un día que me *Chapí* un dedo me llamaron sucio, y desde entonces no aconsejo á nadie que se los *Chopin*.

Tampoco creo que debes re-*Wagner* los platos, no comiendo absolutamente solo, ni *Mancinelli* el mantel con las salsas.

Si en el restaurant, al final de la comida, se armase bronca en alguna mesa vecina, *Calleja* y no digas nada, y *Marchetti* de *Rossini* sin *Paganini* la cuenta, pues no debes ignorar que *Arrtgo-Boito* ganancia de pescadores.

Eso sí; en cuanto estés en la calle *Arrieta* el paso, no sea que te vayan á cojer con la mano en la *Massenet*.

Algunos creerán que hago mal en aconsejar esto, pero si tú, querido lector, *Vues* con estrechez, ¡*Auber* lo que vas á hacer!

No te importe, pues, que *Albeniz* el camarero a cobrarte la comida se quede *Bizet* al notar tu desaparición y empiece á gritar «¡*Puccini* con el hombre! ¡No me gusta que *Beethoven* el pelo!»

Déjale que diga lo que quiera. Peor sería que se *Morera* uno de hambre!...

Esto es, lector, todo lo que debes hacer, dicho sea sin *Offembach* á nadie.

J. XAUDARÓ.



EL REINO

DEL SILENCIO



ONTEMPLANDO el desierto sin límites, frente al mar ó en las inmensas praderas americanas, nuestra alma se siente entristecida, la admiración de un momento desaparece temerosa, y nos vemos dominados por una melancolía profunda. Nuestro espíritu de hombres orgullosos ve descubierta de pronto la pequeñez misérrima de su ser, é instintivamente se extremece pensando en los horrores de la soledad en estos lugares; sin querer, los ojos buscan un árbol frondoso, una casucha de enjalbegadas y lustrosas paredes, la silueta de un campesino, en fin, algo que rememore los campos agrestes que estamos acostumbrados á contemplar, ó la placidez del valle en donde soñamos encontrarnos, en compañía de las personas amadas, en un esplendoroso día de primavera ó en un crepúsculo estival, cuando el cielo púrpureo envía sus últimas luminarias y la flores silvestres sus más penetrantes aromas.

Pero el mar de arena, de olas devastadoras y asoladas por un sol abrumador, es siempre implacable y terrible, y cuando

el más ligero viento arremolina sus arenas, todo se ennegrece, hasta el mismo sol, descubriéndonos los mal enterrados esqueletos de cuantos intentaron atravesarle, de las personas ó animales que imprudentemente violaron las soledades del reino del silencio, sólo recorrido por el simún y el león voraz y astuto.

El hombre, sin embargo, también ha conseguido vencer al desierto, que ya no es una región ignorada, y poco á poco desaparece esa inmensidad blanca en donde cayeron tantos héroes, en donde los gloriosos exploradores Flatters, Crampel, Lamy y otros muchos perecieron miserablemente, asesinados por el sol, el hambre, las fieras ó las caravanas de árabes crueles que encontraron en su camino.

Multiplicanse los pozos artesianos, estúdiase la dirección y profundidad de las capas de agua subterránea, porque en el Sahara hay gran abundancia de este elemento, y los oasis suceden á los oasis, alegrando con sus notas verdosas el horizonte que ansiosamente recorre con los ojos el caminante.

Puede tenerse por seguro, que los inge-



EN LAS FRONTERAS DEL SAHARÁ

Aun entre los miseros existen clases, y los pobres nómadas árabes, no pudiendo pagar el impuesto exigido para vivir en los oasis, ven-se obligados á refugiarse en el fondo de esos lagos desecados que la sal argenta y dora con sus reflejos; y cuando las caravanas pasan, todos ellos se precipitan con la mano extendida, en demanda del óbolo.



ORACION DE LA TARDE

Cuando fatigados de toda la jornada, el hombre y la bestia se detienen para reposar en la soledad inmensa, el sol poniente desaparece majestuoso en la lejanía, y el árabe reza; y el camello dormita.



La gran duna formada por el simón, agita de temor al camello, al que es preciso calmar con la voz y el gesto, y aun á veces ayudarle.



El sol aparece, y como por la noche, el árabe agita los labios fervorosamente antes de seguir á defenderse de todos y con los ojos fijos en el horizonte, en espera del próximo oasis, que le



*el viaje. Reconfortado, emprende la marcha, gozoso, acariciando la culata de su fusil, dispuesto
brindará cuanto necesita para ser feliz, es decir, dátiles, agua y un poco de sombra para reposarse.*



EL BOSQUE DE PALMERAS

El bosque de palmeras de Fozeur, que como el de Nefla, se encuentra en los mismos límites del Sahara, hallase abundantemente regado por el agua que mana de las capas subterráneas. En las largas y penosas jornadas á través de las arenas candentes, el árabe sueña venturoso con este lejano paraíso.



En cuanto una caravana llega al oasis, lo primero que hace es encaminarse hacia la pequeña aguna que lo vivifica, contemplándola arrobado y por largo espacio, bebiendo cuanto puede, palpando el agua.



EL BOSQUE DE NEFTA

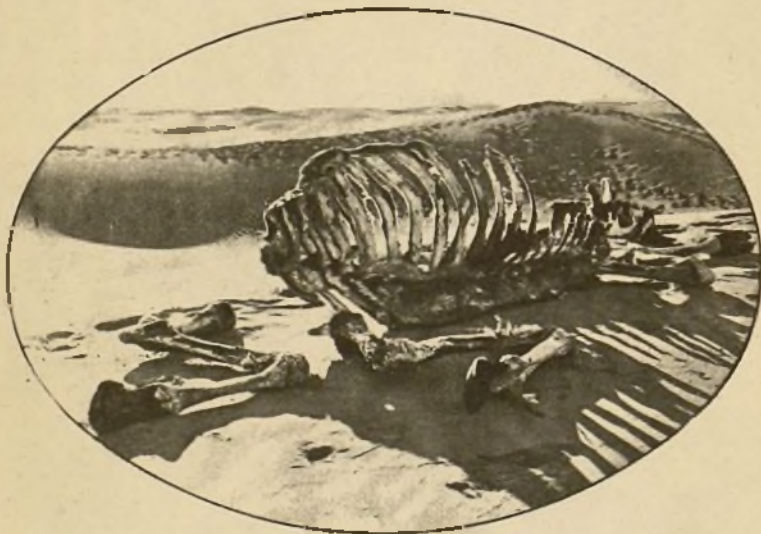
Al sur de Gajsa-Metrani, en el límite del desierto, se encuentra el riente bosque de palmeras de Nefth. Las caravanas se reposan antes de emprender la última etapa.

nieros no tardarán en descubrir el medio de sacar á la superficie la inmensa cantidad de agua que recorre el subsuelo del desierto, y entonces estas extensísimas tierras se convertirán en una comarca próspera en donde los indígenas y los europeos intrépidos encontrarán ancho campo á sus iniciativas. Las riquezas que duermen en su suelo inculto florecerán en cuanto un poco de agua bienhechora las riegue, y aparecerán desbordantes tras un sueño de miles de siglos, borrando las huellas de esa inmensidad tempestuosa que como infranqueable barrera se levanta en el África central, dificultando el tránsito y hasta alterando la buena armonía que

debiera existir entre las diversas razas que pueblan el sur y norte de tan hermoso continente.

La realización de esta grande empresa es difícil, pero no irrealizable, pues frecuentemente el agua se encuentra á diez metros de profundidad, y por lo mismo debemos estar preparados para tan fausto acontecimiento, que tanto favorecería á los emigrantes, y muy especialmente á los españoles, dichosos de encontrarse en un país rico y cercano á la península y colonias africanas que poseemos en la actualidad, protegidos por el patérrimo pabellón patrio.

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.



EL VENCIDO

El simón demolió el barco del desierto, que tuvo que ser abandonado por el dueño entristecido. Los ojos del pobre animal siguieron largo espacio la línea sinuosa de la caravana, y hasta se diría que sus ojos fueron nublados por las lágrimas.



INICIACIÓN

Con la gravedad de un doctor, prepara este viejo una pipa, cuyo aroma embriagará al neófito; lo cambiará de tosco en refinado.

Los Penachos del Opio

A lo mejor, se abre la puerta de vuestro refugio, y aparece uno de esos marineros bretones, cuyos rasgos aguzan su ingenuidad al cubrirse con la boina blanca, al rematar el cuerpo que envuelve una blusa de vestidillo infantil.

Con las manos chatas y de uñas mordidas, comienza á desatar el bulto que oprimía sus lomos, un momento antes. Y entonces echamos de ver que la hermejez de su cara no se debe á la pesadumbre del fardo, no es la congestión.

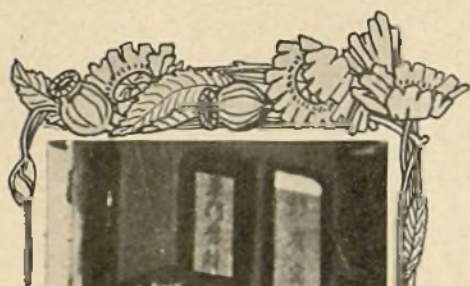
La epidermis del nauta se quemó en la atmósfera de los países más calurosos, se curtió con la sal de remotos mares, se abrigó y enrojeció al cabo de soportar cien prolongadas caricias de cien soles asiáticos. Aquí en París, bajo las palideces del otoño, y en medio de tantas falsificaciones de exotismo, la piel anaranjada del *matelot* pone un certificado en su mercancía, acredita su autenticidad mejor que los sellos estampados en el cesto de junco; el cesto, que acaba de librarse de la crujiente tapadera, ofrece á la mirada una policromía alegre y armoniosa cuanto suave, y difunde en el aire

un sutilísimo perfume japonés y vegetal.

Continúa el amable espectáculo anidado que provocó la presencia del marinero. Es una evocación del Oriente que no han destrozado del todo los cañones de Port Arthur. Y con especialidad, del Oriente de la galantería y la belleza más delicadas. Diminutos vasos que podrían servir de urna para el corazón de Madame Chrysanthème. Rollos de sedas tejidas con el arco iris. Los bordados de plata, estrellas cautivas. Coturnos que hacen amar el inverosímil pie que no veremos nunca. Diez, doce, cincuenta cucuruchos de te, con su fragancia. Abanicos de varillaje negro y pulimentado, con unas flores pálidas en un papel marfileño á la vista, fresco al tacto. Cuchillos de juguete, propios de una tierra donde el dolor significa placer. Un álbum de estampas, y queda aparte, en espera de más detenida inspección: serán allí los capitanes de muecas de carátula ante la impasibilidad de sus femeniles muñecos, los dedos de cristal la boca como un pétalo de geráneo en la barbata aguda, los dos acentos de los dos ojos, y el peinado metálico y bruñido, y

opulento, guarnecido con las eternas ce-
rezas rojas... Las envolturas mismas y
las rizadas virulas que ablandan los cho-
ques, despiertan un admirativo respeto,
adquirieron con la travesía el valor de
fetiches...

Mi cuarto se ha convertido en un bazar,



y el bazar ya es un jardín. Á falta de ibis
sagrado, mi espíritu vuela en el cielo de
las añoranzas. Si no suena la guzla, la
seda cruje como si la moviesen con sus
saltitos rítmicos la señorita Flor ó la se-
ñorita Pájaro. Ese destenido farol japo-
nés, con su borla polvorienta, recuerdo
sentimental de una verbena sanjuanera
en Málaga, colgado ahí en un rincón,
resulta pobre y está como afrentado de
su miseria, frente á la suntuosidad des-
arrollada á su alrededor. Así la exaltación
más lírica de los europeos, cuando fan-
tasean los esplendores orientales, no
alcanza á la realidad que pudo apresar
un infeliz marino que salió de Bretaña y
regresa de Indochina. Existe en el globo
un paraje, que...

El nauta, á quien el alistamiento en la
escuadra francesa ha tornado comer-
ciante, y como los errabundos fenicios,
me interrumpe, deja de plegar un ki-
mono, para fortalecer á su modo mi dis-
curso, y luego que dijo la parrafada en
que vertió el sensualismo de sus impre-
siones rudimentarias, guiña un ojo, enmu-
dece, y termina por lurgar en el cesto, y
vuelve con un estuche mister-
ioso. No accede á entregarme
la caja, mientras perora con el
fin de demostrar que si es su-
gestiva la vida cotidiana del
Asia, tiene aún mayores encan-
tos, algo que podríamos llamar
la muerte constante y oriental.
Existe en el globo un paraje,
que reúne todas las maravillas
soñadas, incluso la de un ani-
quilamiento que se sueña. Sin
abalorios ni
cintajos, el

LA ESCALA DE LA MOLICIE

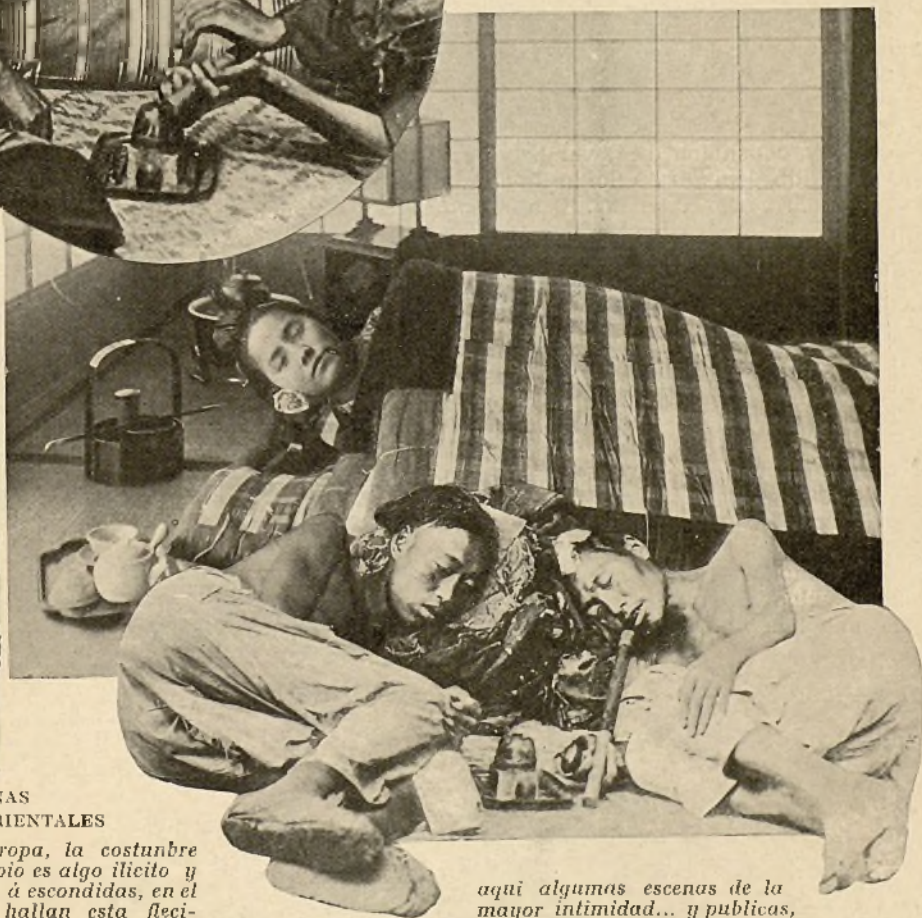
*La monia fuma de pie la primera pipa. Es el comienzo de la sesión. Ese europeo, incapaz de
sutilizar las sensaciones, cree complicarlas una, merelando al opio la morfina. Finalmente, el
abogalado y perfumado, reposa en la inconsciencia*

Ayuntamiento de Madrid

AQUÍ EN PAR S

El éter, la morfina, la cocaína, el alcohol, el agotamiento y la literatura, he aquí algunos venenos de París. Faltaba añadir el opio.

Este último tiene las preferencias del hombre, y la mujer, más agotados, los irredimibles. Por ejemplo, los ultramodernos jefes de Marina, que pertenecen á la



ESCENAS ORIENTALES

Si en Europa, la costumbre de fumar opio es algo ilícito y que se hace á escondidas, en el Oriente se hallan esta flecimentos que se dedican el culto del opio; he

aquí algunas escenas de la mayor intimidad... y publicas, al mismo tiempo.

marinerito intentó explicarme la voluptuosidad más alquitarada de los refinados, placer que el bretón sólo conoce de oídas y divulga, para mercadear, como acontece al comerciante. Y los inefables goces insinuados en la charla, podría experimentarlos yo, con sólo adquirir aquella laca y su contenido. ¡ Porque allí se guardaba una pipa de fumar opio !

nobleza rancia, que se dedicaron sin vocación al servicio de la República, huérfanos en la plenitud de su hogar francés, intelectuales, escépticos, irónicos, que recorrieron el mundo, ya descubierta hasta en el Polo, que gozan de grandes rentas ó que no poseen ninguna. Y por lo mismo, un día los destinan á la escuadra de Oriente, y en el ocio de meses y meses se aburren de pasear con

su casco albo y su smoking, nitido también. Las simiescas malicias de las mujeres coloniales, de las que acudieron de las colonias de otras metrópolis, de las compatriotas caídas allí al azar de una empresa teatral, no bastan á contener el ansia morbosa que despiertan en el hombre de Occidente el olor de mil magnolias en un parque, los siete diversos licores escalonados en una sola copa. La placidez británica del *tennis* aburre á los desterrados — ¿desterrados de dónde? de ellos, de sí mismos. — Y una vez se tumban en un diván ancho y profundo como una tumba, reclinan la cabeza en las almohadas de arroz, principian por sumirse en el recato y la penumbra del fumadero, y consumen diez, veinte pipas. Se ha podido decir, «he leído todos los libros, y la carne es triste». El opio no se ha dejado agotar. Prefiere agotarnos á nosotros.

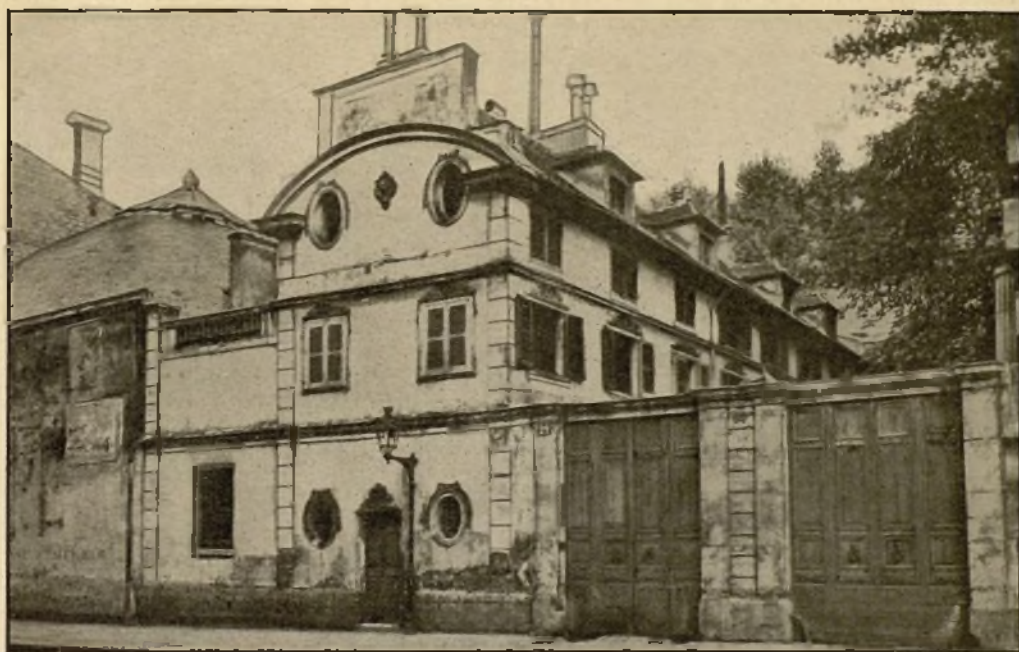
Buscad á orillas del Sena un tipo paralelo del que acabo de bosquejaros, y conocéis los fieles de esa modorra mecida y arrullada por la Muerte. El opio requiere la quietud, la sombra, la soledad. Se inicia en el punto final de una vida atormentada ó triste, nos sumerge en una inconsciencia que flota como una nube. Ningún ruido penetra en la celda. Deslízase como el primer fantasma, la bestezuela, un niño ó una mujer, que prepara los útiles, con frialdad, como se disponen los de una operación vulgar. La aguja roza la lámpara, y la diabólica y tenue lengua de fuego alu-

cina los ojos, cuyo empeño está en no mirar nada de lo creado. Se esparce el aroma lento y profundo. Diríase que los jirones parduscos del humo se embriagaron como el fumador, y tambaléanse. Cada pipa una aspiración, y un chirrido, y la venenosa agonía de sentirse deshecho en aire, al mismo tiempo que nuestro cuerpo nos pesa más á nosotros mismos. ¡Es tan fácil, diez, veinte soplos, diez, veinte pipas! La soñarrera... ¿Qué busca el parisiense cuando asiste á su propio enterramiento, entre los almohadones que ceden á su pesadumbre, como el agua; qué busca en su nirvana efímero y que no le abandonará jamás? ¿Acaso la nostalgia de los viajes que le revelaron la droga que embruja? Entonces ¿qué ansia el oriental en sus cabinas de bambú? ¿Persiguen ambos la muerte, y les horroriza el suicidio? No. Dicen ser preferible el instante de salir de la soñarrera, hay un eco donde había un alma, la sangre se alarga con molicie infinita. ¡Hablan de la magia de los crepúsculos, de todos los crepúsculos, de los crepúsculos de todo!

La existencia para ellos ha perdido su misión en la tierra, como desaparece un manantial. Huyeron los sagrados ideales religiosos, no hay estrellas en el cielo. Y en su espíritu no hay amor, ni entusiasmo, ni caridad. Sólo podredumbre.

La afirmación del opio nace de las innumerables y monstruosas negaciones de su obra. Y no es este el lazo que lo une más á la Intrusa...





LA CASA DE LA CALLE FORTUNEO

La casa de Balzac donde el ilustre novelista cerró para siempre sus ojos atentos, sutiles que vieron tantas cosas...

BALZAC, INTIMO

La vida de Honorato de Balzac no es sólo el triunfo del genio, es también el triunfo de la voluntad.

«Profesor de energía» fué, y de los más rudos, de los más incansables. Desde pequeño, bajo la curiosa, bajo la burlona mirada de sus padres y de los sesudos amigos de casa, tenía ya la confianza en sí mismo que había de darle la inmortalidad.

Decía siempre: «Seré un gran hombre», y lo fué.

¡Admirable infancia, vidente y profética, como la de Ricardo Wagner cuando decía: — «¡Quiero ser Beethoven ó nada!»

Uno y otro genio fueron, si puede decirse, «precursores» de sí mismos. Cuando nadie creía en ellos, su propio corazón temblaba lleno de fe. No conquistaron la gloria: la esperaron. Su vida de luchadores no fué un combate con la fama, sino una cita con ella...

Leyendo la biografía de Balzac, el gigante de *La comedia humana*, se experi-

menta una especie de vértigo. Tan alto se está á su lado. La azarosa, rembranesca vida de Balzac es un estimulante poderoso. Fué rico siempre, y siempre pobre. Habiendo tanta vida, tantas gentes en sus novelas, no supo entenderse en la vida, entre tanta gente. Hizo obras estupefactivas y cometió torpezas formidables. Aquel ilustre hombre gordinflón, de carcajadas como truenos, iba derecho á la inmortalidad y tenía que torcer muchas veces de camino, para no tropezarse con un acreedor...

Altivo é ilusionado, hubo en su existencia infinidad de cosas tristes, pero la fuente de su risa no se secó nunca, la proa tajante de su voluntad cortó, abatió, hendió los irritados y diversos oleajes de sus amores, de sus negocios, de sus quiebras económicas, de sus fracasos teatrales...

Balzac, hombre de negocios; Balzac, aspirante en su niñez, á autor de tragedias; Balzac, enamorado; Balzac, dandy... Tome el lector nota de todos estos desastres, y vea cómo el gran novelista, infati-

gable, triunfó, gracias á esa bada, tan liberal y compasiva, que no niega nada nunca, llamada Voluntad...

DE UNA TRAGEDIA Á OTRA

El padre del futuro novelista, Bernardo Francisco, es un hombre austero, corpulento y sano, que sustenta teorías origi-



BALZAC Á LOS 34 AÑOS

Reproducción de un dibujo de Boulanger, que se conserva en el Museo de Tours, ciudad donde nació el novelista. Así, grueso, rollizo, de facciones vulgares, era, entonces, un terrible "dandy". Todos los días, en su correo, encontraba perseguidas, y carinosas con fidelencias de lectoras entusiastas.

nales. En el pueblo le califican de « raro », adjetivo precioso que le hace sonreír. Tiene ribetes de filósofo y detesta las literaturas. Todo « eso » perturba, es nocivo. Ama la naturaleza, vive sencillamente, y lee á conciencia los libros de los chinos — hombres reputados por su longevidad — con la esperanza de llegar á los 100 años.

La madre de Honorato es una mujer

inteligente, inflexible dentro del hogar, lo primero con sus hijos. Estos, al ir á acostarse, van á darle el beso de todas las noches. La señora, altiva, como una reina, antes de darles la signa caricia, les toma cuenta de su comportamiento durante el día. Y á veces hay besos, pero á veces también, castigos duros...

¡Imaginad la cara que ponen estos padres cuando una vez se convencer de que Honorato, chiquillo desaplicado y de temperamento indócil, quiere ser *gran hombre* escribiendo precisamente novelas como las que don Bernardo Francisco no puede tragar! Las palmetas, el cuarto oscuro, las bochornosas orejas de asno, las rechiflas y vayas de los compañeros, las lecciones dobles de castigo: ¡todo es inútil!

Honorato quiere ser célebre. Habla de novelas, de terribles volúmenes de filosofía que bullen, mejor dicho que siente removerse en su cabezota, como bloques de granito. Los amigos sonríen; Laura y Lorenza, las hermanas, le miran silenciosas, con secreta simpatía; los padres airados, claman.

La tenacidad del chicuelo no cede; pasan pocos años, le sacan del colegio, y la autoridad paternal decide que Honorato sea notario. ¿Notario, Balzac? Remolnamente estudia Derecho, entra como pasante, en un bufete. La frase-estribillo resuena en el hogar: « *Quiero ser un gran hombre*. Dejadme escribir las obras que me seducen, que siento bullir en mi cerebro. Os digo que he de ser célebre y lo seré... »

¿Comprenden los padres y los amigos que llegar á ilustre es algo más espinoso y dilatado que convertirse en notario?

Laura, la hermana, cree en Balzac; pero sólo ella. Los demás se burlan de aquel mozuelo regordete y coloradote, que ríe estúpidamente, por cualquier cosa, y que desprecia, con insensatez temeraria, un brillante porvenir.

Por fin los padres le conceden una pensión para que se vaya á París, pero reducida. Con verdadera bondad, persiguiendo un laudable fin, deseosos de que el

Ayuntamiento de Madrid



A LA IZQUIERDA, CARICATURA DE BALZAC

En la parte superior, otra caricatura de la época, representado el "camino de la posteridad" por donde avanzan Hugo, Gautier, Dumas, Balzac, Vigny, los famosos de ayer y de hoy aun.



mozo iluso vuelva escarmentado al buen camino, se proponen siliarle por hambre. Cuando Honorato regrese traerá una obra dramática suya, y la familia, en solemne sesión la leerá, comprobando entonces si el engreído mozalbete tiene, ó no, «madera» de genio...

Á fines de abril de 1820, Balzac vuelve de la capital de Francia. Tiene 21 años y trae *Cromwell*, tragedia en verso que ha escrito en una bohardilla, ilusionadamente. Todos los suyos le rodean, mientras él lee la obra. Pero *Cromwell* no gusta. Don Bernardo Francisco, escéptico siempre, compasivo aquella vez, decide que se someta la obra á la sanción de cierto señor respetable, amigo de la casa. Y el voto de este hombre es adverso también.

Balzac, pocos meses más tarde, olvida la tragedia — detestable, luego lo reconoció — que había escrito, y comienza

otra, pero no para versificarla, sino, lo que es más duro, para vivirla...

BALZAC, HOMBRE DE NEGOCIOS

El gran novelista, dotado de una imaginación portentosa, fué un negociante más que mediano. Si nos propusiéramos enumerar las veces que intentó, fuera del ambiente literario en que se movía, especulaciones mercantiles, editoriales ó industriales, no acabaríamos. Se equivocó siempre, y lo que és peor, le costó mucho dinero.

Probablemente no ha habido otro hombre más fantástico, más pintoresco en sus operaciones matemáticas, en sus cálculos. Su mercantilismo fué una vanidad inocente, una mania funesta.

Quiso ser impresor y editor — para lo cual constituyó una sociedad, comprometiéndose en un negocio de varios miles de duros — y aquel primer fracaso le costó 90.000 francos.

Á partir de entonces, los acreedores ya no le abandonarán. Perseguido, acosado, cercado por ellos, el novelista recurre, para librarse de aquellas fieras, á expedientes más ó menos pintorescos y eficaces: vive en tres ó cuatro casas á la vez, cambia de domicilio cada semana, sale de noche, disfrazado, y hasta en la vivienda donde recibe á los editores y á los amigos íntimos, impone contraseñas curiosas.

Por ejemplo, el visitante « iniciado » dice al portero: — Ha llegado la época de las ciruelas — que equivale al « Sésamo,

ábrete ». Luego surge un criado, y para que éste le permita subir la escalera debe exclamar sencillamente: — «Traigo encajes de Bélgica. » — Y ya en la puerta del cuarto del novelista, no entrará si no afirma á otro cancerbero « que la señora Durand goza de excelente salud... »

Pero cuando Balzac suponía que tales contraseñas comenzaban á divulgarse demasiado, inventaba otras nuevas, siempre para no tropezarse con el importuno acreedor.

Estuvo, por deudas, á punto de ir á la cárcel. En vano Balzac trabajaba con tesón y actividad inconcebibles. En vano ganaba sumas, dada la época, fabulosas. Cuando contrató su obra magna *Estudios de costumbres del siglo XIX* le abonaron 27.000 francos. Pero gastaba mucho, y seguía fundando periódicos que morían pronto, y emprendiendo negocios que le originaban pleitos y acreedores, más acreedores...

Otra vez (1835) se le ocurre la idea, muy plausible, de tener casa propia. Sus asuntos editoriales marchan bien, y el autor de *La piel de zapa* delira haciendo cuentas. Piensa que el hotelito debe costarle 25.000 francos, y por desaciertos que no se explican — elección de un terreno pésimo, planos deficientes, etc. — gasta 90.000. En 1838 la villa « Les jardies » no estaba concluida aún. El mismo vigila los trabajos, y en su pueril afán de suplir á casi todo el mundo, suple al arquitecto, y se encuentra con que el famoso hotelito ¡no tiene escalera! Balzac, impaciente, se instala en su vivienda, antes de hallarse concluida. Las paredes están blanqueadas, el piso lleno de escombros. No importa. El gran novelista la tiene amueblada... mentalmente. « Aquí — dice, — un zócalo de mármol de Paros; el techo estará pintado por Delacroix; ahí una chimenea de mármol cipolino; esas puertas serán estilo Trianón... » Y rió estruendosamente cuando cierto amigo le dijo señalando en otra parte de la desnuda pared: « Aquí habrá un cuadro de Rafael, único, inapreciable, como no lo tendrá ningún museo del mundo. »

Los amigos, para verle, subían como el mismo Balzac, por una escalerita de mano que desde el suelo iba hasta el balcón del segundo piso. Allí, les hablaba el novelista del negocio de lechería, de árboles frutales, de leña, devino, empresas maravillosas que pensaba realizar con su

posesión sin tener que escribir más novelas.

Pero la liberación económica fué otra fantasía. Compró — en vista de que lo permitía el clima reinante en aquel sitio — cien mil piñas para cultivarlas y vender cada fruto á cinco francos. ¡Oh, empresa redentora! Á fin de cuentas, resultó que las piñas que debía el novelista cotizar á duro le costaban nueve pesetas...

Derrotado, quiso resarcirse en el teatro. Estrenó *Vautrin*, obra de la que pensaba obtener 60.000 francos, y que fué uno de los fracasos teatrales más horrendos. Luego se metió quijotesicamente á defender á un malhechor, creyéndole un bendito, y la broma le costó, amén de disgustos sin cuento, dos mil duros. Tuvo que vender el amado y célebre hotelito, en 17.500



Benjamin, acentuó cómicamente la carcajada habitual del novelista, sana y sonora como pocas.

francos, después de haberse entrampado para construirle, en 90.000, según hemos indicado antes.

Hacia la misma época desaparece de pronto. Está en Cerdeña, á donde ha ido en busca de ciertas montañas de escoria que existían — según le dijo en Génova

un comerciante — cerca de unas minas de plata explotadas remotamente por los romanos. Balzac, pensando cuerdaamente que los hombres de la antigüedad desconocían la docimasia, pidió al genovés muestras de la escoria, y entretanto, se dirige á Cerdeña.

Pero, al llegar allí, se encuentra con que el paisano de Cristóbal Colón le ha precedido y se ha dedicado á explotar por cuenta propia las famosas minas, debidamente autorizado por el gobierno de Turin, y en connivencia con una casa de Marsella, que había mandado analizar las escorias...

BALZAC, "DANDY". — EL AMOR, EL LUJO Y LA MUERTE

Introducido en la alta sociedad, relacionado con aristócratas y personalidades de prestigio político ó literario, Balzac, que gana por entonces bastante dinero, se dedica á vivir fastuosamente.

Posee coches, caballos, vajillas costosas, tapicerías, muebles y bibelotes de precio;

tiene 31 chalecos de fantasía y confía en llegar á los 365, uno para cada día. Pasea por el Bosque, se perfuma como una damisela — lo que le place indeciblemente — y luce un bastón con « puño de turquesas ». Por las noches atrae las miradas en el palco de los « terribles » de la Ópera ó en los Bufos, ó se distingue, como siempre, con su ingeniosa conversación, en la tertulia de la hermosa Delfina Gay, mujer de Emilio Girardín. Y lo mismo que sus ocurrencias, que sus sortijas, que su bastón y que sus chalecos, excitan la atención su cocheró, gigante, que se llama Leclercq, y su *groom*, liliputiense, conocido con el nombre de Anquises...

Balzac, tan conocedor del corazón femenino, tuvo infinidad de admiradoras. Con una de ellas, la señora Hanska, casó después de diez y siete años de relaciones, epistolares casi siempre.

Cien veces Balzac vió deshecha su fortuna económica y otras tantas, febrilmente, la reconstituyó. *La comedia humana* nació así, en horas de miseria y horas de esplendor.



BALZAC EN SU LECHO DE MUERTE

El gran gladiador, victorioso en cien luchas, descansa. Su rostro, de noble majestad, lo dice.

Balzac, antes de matrimoniar con su prometida, quiso tener un palacio. Adquirió lenta, cariñosa y pacientemente muebles, alfombras, cortinajes, cuadros y antigüedades de toda índole, por valor, según se dice, de 400.000 francos. Enfermo, quebrantado por tan variada é intensísima existencia, su ilusión era una rosa siempre abierta. Por fin tuvo palacio, tuvo mujer y tuvo gloria. Pero ya era tarde... En mayo de 1850 estaba extenuado, muerto casi, aplastado por su obra. En una carta, escrita poco después, el león inclina, vencido, la orgullosa, la privilegiada testa. « ¡No puedo leer — dice — ni escribir !... »

El 18 de agosto del siguiente año, falleció. Tenía cincuenta y un años.

Es imposible dar idea de su asombrosa producción. Año hubo que escribió de 30 á 40.000 líneas. Lo que ganó es fabuloso, dada la época; lo que perdió pecuniariamente, dado su gran conocimiento del mundo, es extraordinario.

Fué un hombre de bronce, de piedra; un gran hombre. Pero, aun habiendo conseguido lo que constituyó la obsesión de su vida, « ser célebre », no pudo ser feliz. Serlo como uno de esos apacibles burgueses que compran un hotelito en las afueras de París y cuidan en sus estufas no piñas, sino rosas, y de las más humildes...

ÁNGEL TOLEDO.



La admiración de los franceses ha elevado al autor de la "Comedia humana", en la Avenida de Friedland esa estatua, original de Falguiere.



Los variados trajes poloneses conservan aún todo el carácter regional, y mirándolos con detención podría escribirse la historia de este desventurado país.

POR EL HIERRO Y POR EL FUEGO

El 29 de noviembre de 1861, durante un banquete organizado en París por los refugiados polacos para festejar el 31.º aniversario de su última insurrección nacional, el príncipe Czartorisky pronunció las palabras siguientes:

« Ha comenzado una era de justicia para la humanidad. En la actualidad los gobiernos oyen la voz de los pueblos, sus quejas, sus aspiraciones. Las negociaciones diplomáticas toman desde hoy en consideración, además de los derechos establecidos en los tratados, los derechos no menos respetables, de las nacionalidades. Tan generosa iniciativa se debe al soberano elegido por la voluntad de la gran nación que difunde por el mundo la luz de la civilización. »

El noble propósito concebido por el emperador Napoleón III no debía encontrar eco alguno. El llamamiento á los vencedores en favor de los vencidos iba, otra vez más, á quedar sin efecto. Quería el destino de Polonia que nada pudiese devolverle su pasado esplendor ni su independencia, ni siquiera la libertad de sus hijos.

La honda piedad que los infortunios de este pueblo despertaron en el mundo, no dió resultado. Y si, al pronunciar en 1867, durante la breve estancia del emperador en París con motivo de su visita á la Exposición, su famosa frase — que desmintió después: — « ¡Viva Polonia, señor! » Carlos Floquet pudo considerarse intérprete de la mayoría de los franceses, no por ello dejó de estar menos perdida la causa polaca. Los desastres de 1870-71 iban á reducir, por algún tiempo, la autoridad de la palabra y el peso de la opinión de nuestros vecinos, y se acercaba

la hora en que debían oír la terrible frase que conocían los polacos: « ¡La fuerza vence al derecho! »

Polonia sigue siendo la tierra atormentada que, desde hace cien años, padece bajo todos sus amos, hasta el extremo de que hoy, en los albores del siglo XX ofrece al mundo el espectáculo inaudito de un país y de un pueblo torturados por sus vencedores de todas las razas.

Para darse una cuenta exacta de la situación actual de Polonia, es preciso lanzar una rápida ojeada sobre su pasado.

Apareció por vez primera en la Historia hacia el año 1000. Hasta 1572, á pesar de su lucha con el zar Iván el Terrible, fué respetada, pero no tardó en iniciarse la decadencia. Las guerras que sostuvo contra Rusia, Turquía, Suecia, los Electores de Brandeburgo y los cosacos la dejaron agotada, extenuada, y su rey Iván Casimiro, al abdicar en 1668, pudo — profeta de extraordinaria clarividencia — predecir, antes de abandonar el trono, el reparto del país entre Prusia, Austria y Rusia. En efecto, un siglo escaso más tarde, Poniatowsky, favorito de la emperatriz de Rusia Catalina II, era proclamado rey de Polonia. La agonía de este desgraciado país comenzaba. Para expulsar al invasor, solicitó el auxilio de Francia y de Turquía. Pero estaba escrito que no podía salvarse. En el momento en que estas dos naciones se disponían á intervenir, acontecimientos militares y políticos paralizaron su esfuerzo; Turquía fué derrotada por los rusos, y en Francia, caía el duque de Choiseul...

El primer reparto — que era inevitable — se realizó en 1772.

Prusia, Austria, Rusia, se distribuyeron

sin empacho lo que mejor les pareció del vasto imperio; las provincias de que se incautó Prusia sumaban 416.000 habitantes, las que le correspondieron á Austria 2.700.000, y las que Rusia se apropió, 1.800.000. Lo que quedó, lo que nadie quiso llevarse, conservó el título de Reino de Polonia.

La anarquía interior dió pretexto á una nueva desmembración. Por primera vez Polonia opuso al opresor una resistencia desesperada, frenética. Tal vez ya — esto era por 1793 — volvía los ojos á Francia, donde se desarrollaba un formidable movimiento revolucionario. El alma de esta lucha admirable pero inútil, fueron José Poniatowsky, Kosciusko y Miguel Zabellio. Rusia despojó á Polonia de nuevos territorios con 3.000.000 de habitantes, y Prusia, por no ser menos, se quedó con 1.000.000.

Quedaban libres unas cuantas parcelas, pero no lo estuvieron mucho tiempo. En 1795 los restos del antiguo Reino de Polonia fueron sometidos á un nuevo reparto. Austria se llevó la Pequeña Polonia, Rusia 450.000 hombres, Prusia 2.500.000. Polonia dejaba de existir. Iba á comenzar una existencia nueva, existencia más atormentada, más dolorosa que la de otra nación cualquiera.

El nombre de Polonia desaparecía del mapa. A fin de eludir el yugo extranjero, millares de indígenas emigraron á Francia, alistándose bajo la bandera tricolor y constituyendo la famosa Legión polaca. Quince mil fueron los valientes que se cubrieron de gloria en Italia y en el Rhin. En 1807, Napoleón I se incautó de la Polonia prusiana y fundó con ella el gran ducado de Varsovia. Llegó 1815...

Por un momento los polacos creyeron que sus miserias y tribulaciones iban á cesar. El emperador Alejandro I restableció el reino de Polonia, dándole una Constitución. En realidad se iniciaba la era de las persecuciones verdad; los herederos de las familias importantes fueron deportados á Siberia; el ruso llegó á ser el idioma oficial, obligatorio, y tanto los bienes como las personas dejaron de estar seguros. Nunca se había dejado sentir tan duramente el yugo del imperio moscovita.

LUCHAR, PERECER, MORIR EN SILENCIO

Á partir de aquel momento, el misterio envuelve la historia de Polonia. Si hasta entonces había exhalado sus quejas á plena luz, exteriorizado públicamente sus sufrimientos, luego se ocultó bajo las bóvedas de las minas, en la sombra de las casamatas. Toda la energía de este pueblo no tardó en reconcentrarse en la lucha

contra el opresor. Un pensamiento único subsistía en el alma de los polacos: el de reconquistar su independencia. Conspirábase constantemente, infatigablemente. El dolor no les arredraba; olvidaban, también, los sufrimientos. Su divisa era: « Luchar, perecer, morir en silencio. »

Todas las preocupaciones, todas las angustias habían cedido el puesto á la única preocupación de vencer, á la única angustia de fracasar.

Los que conocieron las batallas de 1793 las relataban á los que habían presenciado las de 1815, y los que no eran aún hombres en 1830, conservaban para exaltar su valor y sentir el heroísmo de los antepasados que perdieron la vida peleando, el recuerdo de la terrible canción con que sus madres les arrullaban, meciéndoles en la cuna:

« El que va á provocarte es un cobarde espía. El que va á luchar contigo es un juez venal: la tiza que vas á regar con tu sudor sangriento es un calabozo subterráneo: el árbitro que va á decidir de tu suerte es un enemigo sediento de venganza. Si sucumbes, no tendrás otro monumento que una horca, y tu nombre vivirá únicamente en los coloquios nocturnos, cuando tus hermanos le pronuncien en voz baja. »

En 1830 las detenciones arbitrarias estaban á la orden del día. A media noche, los gendarmes derribaban la puerta de una casa y se apoderaban de los sospechosos. Toda resistencia era inútil. Había que obedecer, ante la amenaza de una pistola. Los que se marchaban de este modo, no volvían. Iban, á morir, á las prisiones de Moscou ó á las minas de Siberia, y muchas veces una bala ponía término á sus sufrimientos. Tan corrientes eran tales hechos, que los polacos detenidos por sospechosos exclamaban al franquear el umbral de su morada: « ¡Hasta la Eternidad! »

Los rusos no perdonaban á nadie; ni las mujeres ni los niños se hallaban seguros en Polonia. En 1830 fueron enviados á las estepas veinte estudiantes de Samogitia, como sospechosos de *complot*. Pero las persecuciones habían convertido á aquellos mozos en héroes, y los polacos no han olvidado la exclamación del chicleo arrancado de los brazos de su madre para partir á la Siberia:

— ¡Tomadme! ¡Polonia no ha muerto todavía!

La antigüedad no nos ofrece nada tan conmovedor como el caso siguiente: Una anciana, ciega, tenía un hijo á quien los gendarmes detuvieron una noche. Averiguó que su vástago no había sido trasladado directamente á la Siberia y que se hallaba preso en la cárcel de Varsovia. De día y de noche, con el oído pegado á las pa-



El tercer reparto de Polonia inspiró al célebre Moreau esta composición, en la que la emperatriz de Rusia, el emperador de Austria y el rey de Prusia se apoderan de los mejores trozos del Estado que gobernó el rey Estanistas, que en el presente dibujo trata vanamente de mantener la corona sobre la cabeza.

redes de la prisión, la infeliz escuchaba los menores ruidos, procurando, de este modo, averiguar lo que hacía su hijo.

Una noche oyó gritos horribles, sobre-humanos, aunque no tan salvajes, sin embargo, que le impidieran reconocer la voz de su hijo que gemía bajo el *knout*.

Entonces, á tientas, regresó á su casa y sollozando dijo á los que la esperaban:

— ¡Alabado sea Dios! ¡Grita! ¡Vive!

¡Imagínese el grado de tortura moral á que deben haber llegado ciertos seres para pronunciar tales frases! Y releendo la historia de la condesa de Plater, heroína de la Revolución de 1831, que, perseguida por la policía, no pudo resignarse á abandonar su patria, se comprende el miedo que los vencidos inspiraban á los vencedores.

Decíase que la condesa había muerto en Inglaterra. En realidad vivía oculta en el campo, vestida como una aldeana y ocupada en los más penosos trabajos. De día la trataban como á una sirvienta y comía con los domésticos, pero á la noche, cuando la servidumbre dormía, volvía á la casa — á su casa — y en torno á ella agrupábase respetuosamente su familia, pidiéndole perdón por un rebajamiento que aseguraba la tranquilidad de todos.

En la lucha día por día, minuto por minuto, el heroísmo de los polacos encontraba una fuerza nueva. Sin desesperar nunca de vencer, lo soportaban todo, sin casi quejarse, cifrando todo su orgullo en sus torturas, y proclamando, como hizo uno de ellos:

« ¡Nuestros padecimientos son hazañas! »

POLONIA INTENTA

REBELARSE

Desde 1793 los polacos habían seguido apasionadamente los esfuerzos hechos por Francia para conquistar la libertad. Cuando estalló en París la revolución de 1830, creyeron que la hora de la liberación era llegada, y se levantaron. Pero otra vez fueron vencidos y vieron á su patria repartida nuevamente en 1844. Para domeñar el ímpetu de aquellos revoltosos, Rusia confiscó las tierras de los emigrados, centenares de sospechosos fueron condenados á muerte, y el zar se incautó de sus bienes, evaluados en 337 millones de francos.

Nuevamente intentaron los polacos sacudir el yugo. En la noche del 15 al 16 de enero de 1863 se hizo en Varsovia una verdadera « *razzia* » de jóvenes considerados como sospechosos. El 22 estallaba la revolución, más feroz, más encarnizada que nunca. Entonces el imperio ruso viéndose terriblemente amenazado, recurrió á Prusia y firmó con ella, para

sofocar el movimiento sedicioso, el Pacto del 8 de febrero.

Europa, que hasta aquel momento permaneciera impasible ante tantos crímenes, pareció salir de su indiferencia. Francia, Inglaterra y Austria protestaron. Gortschakoff, insolentemente, se negó á atender sus indicaciones. Para demostrar que Rusia estaba dispuesta á continuar siendo dueña de sus actos no hizo caso alguno de los reproches de las aludidas potencias y ahogó la revolución en sangre. La guerra fué una verdadera carnicería. 20.000 polacos perecieron combatiendo; 500 cabecillas fueron ejecutados. Y cuando la victoria quedó de parte de los rusos, cuando 10.000 emigrados huyeron de la tierra natal, leyes feroces rigieron lo que restaba del desventurado pueblo. El idioma polaco, permitido hasta entonces, fué prohibido. No se permitió á los naturales que adquirieran bienes en su país, y hasta el nombre de su patria, por la cual derramaran generosamente su sangre, fué abolido para siempre, en 1868. Lo que había sido Polonia se convirtió en Gobierno del Vístula.

Mientras se desarrollaban estos sucesos en la Polonia rusa, la Polonia prusiana no corría mejor suerte. Desde 1815 los prusianos venían intentando, aunque inútilmente, germanizar á Polonia. Pero, lo mismo que le sucedía á Rusia, tropezaron con la invencible adhesión de los polacos á su patria, á sus costumbres, á sus glorias. Este pueblo se elevó hasta la sublimidad en el dolor. Dumouriez escribía:

« En la Polonia prusiana las mujeres son más hombres que los hombres. » ¡Mucho más! Al odio que inspira el vencedor, los polacos prusianos añadían el odio de raza.

En Posen, después de la revolución de 1846, nació un sentimiento al que se le dió el nombre de *Rusomania* y que tradujo con admirable exactitud esta carta escrita por un personaje galiciano al príncipe de Metternich:

« El recuerdo del asesinato de nuestros hermanos será transmitido de generación en generación por nuestros relatos domésticos y el canto de nuestros bardos, y juntamente con las narraciones de tantas crueldades, esta tradición se difundirá como un trueno entre las naciones eslavas. ¿Creéis que la Providencia no hará surgir al que ha de recoger todos estos odios, enganchando á su carro estos furores inextinguibles y lanzándolos contra vos en la senda del Destino? Los pasos del vengador no están muy lejos del umbral de vuestra casa... »

« ¡Un Romanoff — decía el final de la carta — es lo suficientemente caballero para no permitir, aun entre sus enemigos, que aniquilen á sus semejantes! »

En la actualidad, sin atreverse á recurrir á las peores crueldades, á las ejecuciones, Alemania no vacila en terminar, con apariencias legales, la obra de odio comenzada contra Polonia.

Durante estos últimos quince años, más de 40.000 polacos han sido expulsados del territorio de su país, cediendo el puesto á los alemanes. Paralíticos, octogenarios, mujeres y niños fueron arrojados de sus viviendas y conducidos á la frontera, donde se desarrollaron escenas horribles entre estos desventurados sin abrigo, en pleno invierno. Poco á poco, al régimen de la ley implacable se ha añadido el de las vejaciones. En las escuelas se ha prohibido que se emplee la lengua polaca — ¡incluso durante las horas de recreo! Los soldados no pueden hablar en este idioma, sin exponerse á salvajes brutalidades.

Se han germanizado los nombres de las ciudades y de las aldeas; Bydgoszcz llámase ahora Bromberg; Koronowo, Krone; Poznań, Posen, etc... ¿Qué más? La policía se niega á recibir declaración á las personas que no germanizan su nombre. Las autoridades alemanas modifican ortográficamente los apellidos: Keller se convierte en Kœler; Szul en Schultz; Szumann en Schumann.

Por último, en Pomania, la ley prusiana ha limitado el número de hogares á los polacos.

Por crudo que sea el clima y terrible el invierno, sólo tienen derecho á un número determinado de chimeneas. Los aldeanos que, privados del permiso para edificar, hubieron de refugiarse en «roulottes», han recibido la orden de apagar la estufa que les impedía morir de frío, ¡porque estos hogares no están autorizados!

Esta obra de expoliación carecía de un coronamiento que el canciller Bulow le impuso. El Congreso prusiano, por inmensa mayoría de votos, facultó al gobierno para despojar de sus bienes á los polacos.

De este modo, á fin de castigar á los infelices que conservaron intacto el amor á su patria y á su gloria y la amargura de haber perdido su independencia, el gobierno prusiano, no vaciló en suprimir el derecho de propiedad, piedra angular de toda constitución social.

Esta última ofensa inferida á los polacos mereció una justa reprobación mun-

dial, y Sienkiewicz el famoso autor de *Quo Vadis?* dirigió á su tiempo á las personalidades intelectuales más salientes de todos los países una vehemente protesta, rogándoles se adhiciesen á ella, y á fin de organizar un plebiscito universal, presentando á Alemania — culpable del mayor de los crímenes — ante el tribunal de la opinión pública.

La aludida carta comenzaba así:



ENRIQUE SIENKIEWICZ

El autor maravilloso del "*Quo Vadis?*" y de "*Por el hierro y por el fuego*", que nos han descubierto la verdadera Polonia.

« Señor:

« El siglo xx asiste á la consumación de un hecho inaudito, de un insulto á la civilización, al derecho, á la justicia y á todas las concepciones humanitarias que constituyen la base de la vida y de la cultura intelectual de las sociedades modernas. » — Y termina: — « Si un hombre tan eminente como usted lo censura públicamente, será la condenación de la iniquidad más grande, de la infamia mayor

que se ha cometido en el siglo xx. »

El ilustre novelista, recibió infinidad de adhesiones de importantes personalidades y el gobierno prusiano no se atrevió á usar la autorización que había recibido.

Y véase cómo, para gloria de nuestro siglo, honor de Alemania y tranquilidad

del pueblo polaco — que ha dado al mundo el más admirable ejemplo de amor al suelo natal y de ferviente fe en el triunfo del derecho y de la justicia, — no llegó á consumarse tal iniquidad, prevaleciendo los inmortales principios del derecho natural que todos llevamos grabados en nuestra conciencia.



El águila genealógica de la Polonia, con los retratos de los soberanos polacos, desde Leschezek, sexto soberano, hasta Enrique II.



RETRATO DE NIÑA. POR J. REYNOLDS

"Le Chic"

Cartas de una parisiense



MODELO VISTO
EN LAS CARRERAS

Phot Paul Geniaux.



MODELOS VISTOS EN LAS CARRERAS

Phot Paul Geniaux.



MODELO VISTO
EN LAS CARRERAS

Phot. Paul Geniaux.

Las grandes modas de París nacen en los salones de las más conocidas modistas y reciben el bautismo del sol en las carreras. Las últimas reuniones han sido particularmente brillantes por el lujo y la variedad, en la atmósfera desbordante de melancolía de las jornadas de otoño. Sólo el sol ha faltado á la fiesta para hacer del Bosque dorado sus hojas más amarillas. El otoño triste se encontraba ornado con todos sus encantos y la espesa alfombra de hojas muertas crujía bajo los pies elegantemente calzados de las damas.

« El arte de la *toilette*, decía un gran pintor, es el más delicado y el más difícil de todos, y para él es necesario la inteligencia y el gusto. » ¡Qué bonita defi-

nición y qué justa! Las parisienses triunfan en este arte, y ni el más pequeño detalle se les escapa, y por eso, una de las cuestiones importantes para ella es la del calzado, sobre todo en esta estación, porque los nuevos vestidos, un poco abiertos por la parte anterior, exigen botinas impecables. La caña de las botinas se hacen actualmente de colores diversos que armonicen con el tono de los trajes, y la boga actual pide se lleve el calzado muy alto. Los tacones van aumentando diariamente, y son desmesuradamente altos, y el estilo Luis XV monopoliza todas las preferencias. A pesar de todo, las botas de charol no han sido destronadas, y se siguen poniendo con trajes de toda clase de colores y cañas



cco de pana blanca y "aigrette" sobre el lado algo hacia atrás.

mente los de hoja seca y leonado.

Echo de ver, sobre todo en las carreras, un delicioso traje de *duvetyne amadou*; tenía aspecto muy alrayente, y en él se buscaba sobre todo la elegancia de las líneas.

El vestido formaba doble túnica ondulada, y era de paño de color, como todos los vestidos á la moda, un poco le-

con hebillas ó *Ta-bys*. Para completar el tocado de sus lindos pies, la mujer elegante debe llevar medias de muselina del tono de los guantes y del traje.

Los trajes corte sastre gustan mucho, y se hacen en *duvetyne*, porque este tejido ha obtenido todos los plácemes que yo preveía en mi artículo precedente. Los colores de este tejido son más particular-



Toca drappée pana negra con franja de piel.



vantado sobre los pies, calzados con lindas botinas de charol ó de cabritilla. La manteleta se abría sobre un chaleco cruzado en grueso *ottoman* blanco con un borde, desde el cuello á la cintura, de cibelina.

El sombrero era plano con bordes arrollados en forma de tricordio, y la pana el tejido con que fué hecho. Unas plumitas de Ave del Paraíso ondulaban graciosamente al aire. No es necesario decir que

MODELO VISTO EN LAS CARRERAS

el gran manguito *ouvide*, de forma muy nueva, lucía en su parte media unos adornos de paño, muy artísticos. Este bonito modelo de cibelina protegía del frío las manos finamente enguantadas, con piel de Suecia blanca, de la elegante joven.

Otro vestido corte sastre, de una deliciosa fantasía, fué también muy admirado.

El vestido de serga marina, muy estrecho, se arrollaba alrededor de las piernas moldeándolas, aunque parecía que los paños estaban

sueltos. Por su forma corta y amplia, plegado hacia atrás, este traje recordaba las diminutas capas, recogidas hacia atrás, de los cortesanos de Enrique II. Todo el traje era de terciopelo negro, y el corpiño estaba adornado con numerosos bullones hasta el talle.



Sombrero con uno de los lados levantados y con adornos de seda "motrée" á la antigua, sobre fondo de terciopelo, rodeado de una franja de "aigrettes".

El cuello, llamado de Robespierre, continuaba hacia adelante por el chaleco de gruesa *faille* blanca *moiré* á la antigua. Debajo del cuello pasaba una ancha corbata, igual-



Toca de terciopelo negro, de la misma forma que el peinado nuevo. Los cabellos están colocados muy altos, con rizos pequeños sobre las orejas.

mente de terciopelo negro. Esta corbata cruzaba sobre el pecho, se arrollaba al talle y venia á anudarse graciosamente hacia adelante, sobre el vestido. Una diminuta toca de pana negra en-

cia unos trajes corte sastrero muy *chics* y mantos admirables, de *Trecks chuanz* formando túnica rusa sobre el vestido ligeramente *drapéé*. Rivalizando en elegancia, se vió numerosos trajes de terciopelo, adamas-



cuadraba el delicado rostro, y se ornaba al lado con una *aigrette*, á cuya extremidad inferior colocaron *une touffe de crosse* de efecto muy rico. Para completar esta bonita *toilette*, la elegante llevaba botinas de charol con caña de color. Los guantes, armonizando con el resto, estaban adornados de sedosos bordados muy en relieve, y que cada día van siendo más de moda.

cados á profusión con piel: cibelina, zorro, chinchilla, garduña y *skungs*.

Esta última piel, á causa de su gran boga, á adquiriendo precios que podrían calificarse de exagerados.

Pero es tan sedosa y tan agradable de llevar, que se le puede perdonar su triunfo.

SIMONE.

Entre el gentío de estas elegantes reuniones, se miró también con complacen-



el gran mundo



Nuestro querido y respetado amigo Monseñor Aceves, Superior de la Capilla del Corpus Christi, se encuentra enfermo desde hace algunos días. Por fortuna la dolencia no inspira inquietud alguna y es de esperar que muy pronto pueda nuestro sabio amigo abandonar el lecho y volver á las ocupaciones de su sagrado ministerio. Inútil es decir que por la Capilla de la Avenida de Friendland ha desfilado lo más selecto de la colonia española y americana en demanda de noticias de Monseñor Aceves, á quien descamos con toda el alma pronto y total restablecimiento.

♦♦♦♦♦

El martes pasado se dió un elegante baile en casa del señor y de la señora de Botella. Entre los invitados vimos á las personalidades siguientes:

El embajador de España y la marquesa de Villaurrutia, el ministro de la República Argentina y la señora Larreta, el ministro de Chile y señora Puga Borne, marquesa de Squilache, conde y condesa Juan de Montebello, duquesa de Montebello, duquesa de Montecagudo, marquesa de Hoyos, duque y duquesa de Aliaga, marqués y marquesa de Ivanrey, marqués y marquesa de Reverseaux, duquesa de Gamios, princesa de la Glorietta, marqués y marquesa de Casa-Valdés, marquesa y señorita de Villahermosa, condesa de Heeren, marquesa del Pozo de la Merced, marqués y marquesa de Ornano, condesa de Etchegoyen, señora de Díaz Eraso, conde y condesa de Castillejo de Guzmán, señor y señora Pierre de Fouquieres, marqués y marquesa de Guel, conde y condesa de Jiménez Molina, condesa de Rostang, señor y señora de Las Bárcenas, marqués y marquesa de Montehermoso; el señor, señora y señorita de Rendon, señor y señora de C. Goyeneche, conde y condesa de Regla, señor y señora de Ruiz Mantilla, vizconde y vizcondesa de Arnoux, señor y señora de Santa Marina, marqués de Casa-Riera, conde de Guaqui, conde de Castellano; señor, señora y señorita de Ribón, conde de Périgord; señor, señora y señorita de Lázaro Galdiano, señor y señora de González Moreno, conde de Jametel, señora Ilye de Crom Madouff, condesa y señorita de Morphy, señor y señora de Pacheco, señora Rigalt, señor y señora de Thors, conde y condesa de Vilana, señora y señorita de Lukach, señor y señora Julio Cayron, señor y señora R. Alcorta, señor y señoritas Hurtado, señorita Castillo, marqués de Feria, señor y señora de Alonso; barón, baronesa y señorita Linsinger, señor y señora de Cama, marqués de Bellamar, señor y señora de Navarro, barón de Thiry, señores Bosch, Andrés de Fouquieres, López Dóriga, Eugenio Garzón, Felipe Cuesta, Hoyos Vernet, Movellán, Guerrero, Ossa, etc., etc.

♦♦♦♦♦

Ayer regresó de su larga excursión por las provincias españolas, el ilustre pintor Don Ignacio Zuloaga.

Ha permanecido larga temporada en Segovia y la incomparable y típica Castilla, región de España en que se inspiró las más de las veces, para crear las obras geniales que tanta y tan alta, como debida notoriedad, le dieron.

♦♦♦♦♦

El lunes tuvo lugar en San Sebastián el Fenlace de la aristocrática señorita Carmen Pérez Caballero y Moltó, con el conocido diplomático, Agregado á la embajada española en París, don Alberto La Torre, marqués de La Torre, y gentilhombre.

La ceremonia, se celebró en la linda capilla de las Siervas de Maria, calle de San Martín.

La novia, lucía magnífico traje de raso blanco con encajes de Valencienenses y el novio llevaba el uniforme de gentilhombre.

Dijo la misa el arcipreste señor Urizar, actuando de padrinos el padre de la novia, el exministro señor Pérez Caballero, y la hermana del novio, señorita Gertrudis de La Torre, en representación de la marquesa viuda de La Torre que se encontraba indispuesta.

Firmaron como testigos el acta matrimonial: por la novia, el teniente general señor Rodríguez Bruzón, el marqués de Seoane y don José Pérez Caballero, delegado de Hacienda de Almería y tío de la novia; por el novio, los duques de Anzuola y Mandas y don José de La Torre.

Asistieron á la ceremonia los señores duques de Mandas, duque de Osuna, duquesa viuda de Uceda, duquesa de Montecagudo, marqueses de Atarfe, marqueses de Velilla de Ebro, marqueses de Rocaverde, marquesa de Valderrazo ó hija, marqueses de Seoane, marquesa viuda de Mendigorria, condes de Caudilla, conde de Pradere, conde de Torrijo, barones de Areyzaga, señores de Merry del Val, vicealmirante Matta y señora, señores de Gaytán de Ayala, señores de Bermingham, señores de Vega de Seoane, señores de Areyzaga, señor Tabuyo (don Marino), señor de Manso de Zuñiga, señores de Rich, señores de Vic, señores de Lantto, señores de Brunet, señores de Budd, señora viuda de Arriacruz, señores de Ortiz, señores de Iruretagoyena, señores de Latallaide, señores de Herreros de Tejada, señoritas de Echagüe, Vega Seoane, de García, de Rodríguez Bruzón, de Chaves, de Lafitte, de Machimbarrera, de Brunet, de Jordán de Urries, de Novallas y de Ortiz y otros.

La ceremonia terminó á las doce, trasladándose acto seguido la numerosa y distinguida comitiva nupcial al Hotel Maria Cristina.

♦♦♦♦♦



Ensalada

de por de

LUIS BONAFoux



Los galenos gastan bromas así, tomando de *poire* á la humanidad. Un día le dicen: —No comas tal cosa, so pena de muerte. Otro día le advierten: —Come á todo pasto lo que te prohibi ayer, porque es probado para la salud. —Las duchas, dictaminan hoy, son tónicas del organismo. Y mañana gritarán: —¡No te laves la barriga!... Ayer se recetaban *schampooings*, lociones y fricciones para impedir la calvicie, y hoy el doctor Guelpa dice que mientras menos se lava la cabeza, más garantido está el pelo.

El descubrimiento científico de esta quincena es que el apéndice que dió nombre á la apendicitis, y que todo el mundo pudiente estaba dispuesto á cortarse por nocivo é inútil, según dictaminaron los galenos más principales, es indispensable á la salud del individuo. Así opina el doctor Robinson, que no es el personaje del famoso libro de Daniel de Foë, sino un médico de carne y hueso y estimado por la Academia de Ciencias de París.

Demoiselles encantadoras y vaporosas que con tanta facilidad os prestabais á que os cortasen el apéndice, oíd para lo que os sirve, según el citado doctor:

«El apéndice, que es útil, sumamente útil, contribuye, en el estado de salud, á la secreción humoral necesaria al funcionamiento digestivo. El moco que sale de las glándulas fijas en sus paredes se incorpora á los residuos de los alimentos digeridos, los acompaña en la larga travesía de las vísceras y les sirve, por decirlo así, de salvo conducto para llegar... á buen puerto».

La explicación no es de lo más poético; pero los gaceteros tenemos el deber de divulgarla para que las Venus deliciosas que, por rendir culto á la moda, en no pocos casos, se dejaban abrir en canal, se convenzan de que no hay nada de más en la obra del Creador, y de que así como la gallina vive con su pepita, la mujer más bella vive con su apéndice.

Por otra parte la poesía —que por algo se ha dicho que se fué de Grecia— ha cedido el puesto á la prosa hasta en las lucubraciones de los poetas. Véase, por ejemplo, ese indio Rabindranath Tagor, que las revistas inglesas nos muestran,

traducido, como un genio. Oigase unas estrofas de un poema, dedicado á la Muerte, que las indicadas gacetas nos recomiendan como obra maestra:

«... —¿Qué ofrecerás á la muerte el día que llame á tu puerta? Yo ofreceré á mi huésped la copa llena de mi vida; yo no sufriré que parta con las manos vacías. Cuando, al fin de mis días, la muerte llame á mi puerta, yo le ofreceré la vendimia de los días de otoño y de las noches de estío, todo el grano y todas las espigas de mi vida laboriosa.

... ¡Ven á hablarme muy quedo, ¡oh muerte, mi muerte, último don de mi vida! Día por día he velado esperándote; por ti he sufrido las alegrías y los terrores de la vida. Todo lo que soy, lo que tengo, lo que espero, todo mi amor, lo he vertido secretamente, pero sin cesar, hacia ti. Mírame una vez más, y tendrás mi vida para siempre. Hânse trenzado las flores y la corona está preparada para los jóvenes esposos. Después de la ceremonia nupcial, la desposada dejará su casa y partirá sola, en la noche oscura, delante de su señor».

A los indios vates he preferido siempre los indios fusiladores, como Juárez. Es muy posible que sea una maravilla ese poema sánscrito, mitad épico, mitad religioso, el *Ramayana*, cuyos 50.000 versos nadie ha leído, aunque todo el mundo los ensalza. Pero el poemita de Rabindranath Tagor no merece, por la muestra, que le hayan aplicado á su autor el premio Nobel de literatura.

Más acertada habría sido, para tal premio contante y sonante, la elección de Chocano *non Santos*. Así podría él volver á Madrid, y no pasaría malos ratos como el que le dió en México el general Huerta, quien, noticioso de que el vate le había aludido malamente en no sé qué poesía, mandóle decir que se fuese aquella misma tarde en el tren, si lo había, ó á pie, si no había tren, so pena de *perjudicarlo* á la mañana siguiente; y, sabiendo el trovador cómo las gasta el general, no se lo hizo decir dos veces, y cruzó valles y escaló montes como un conejo, y vadeó ríos como un cachalote, volviendo á caer sobre la Habana é islas adyacentes como Puerto Rico.

LUIS BONAFoux



El casco del gendarme

Pues, señor, el gendarme se moderniza. Y podría cantarse aquello de:

Al gobernador de Cádiz

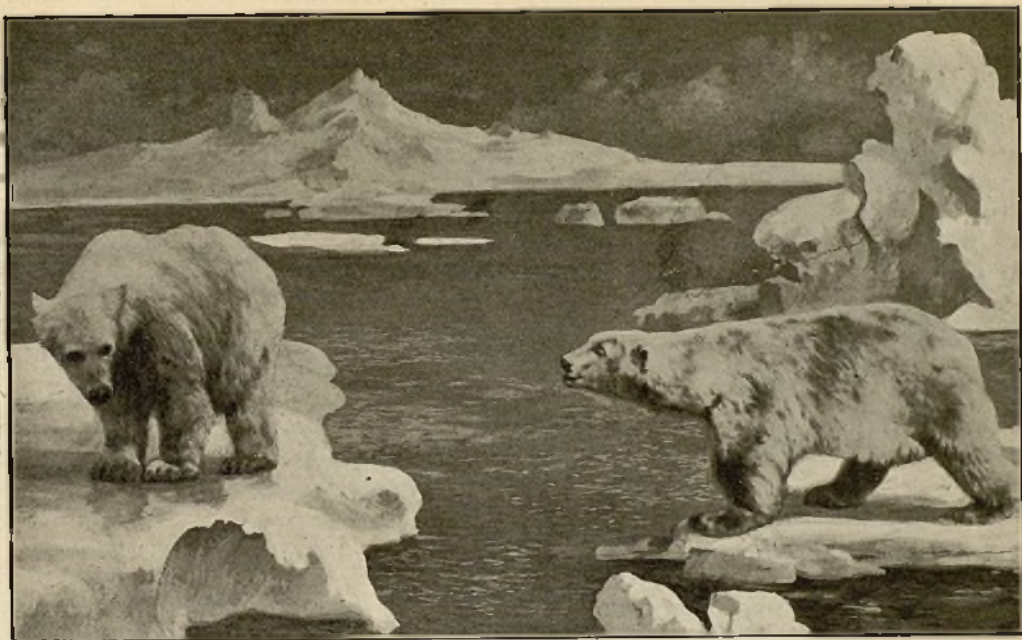
Le ha dado por la finura, etc.,

cambiando los lugares y la época.

El clásico gendarme de los "vaudeville", de gran tricornio, enormes botas de montar y terrorífico bigote desaparecerá pasados unos meses, y uno tras otro ya desfilan por los almacenes de la administración militar, á fin de proveerse del elegante casco, que tiene "pompón" y larga crin.

¡Dios miol estamos en el reinado de la coquetería, y los ministros ocúpense más del traje que deberán llevar sus subordinados que de los proyectos pendientes. Porque ¡es tan agradable el ver desfilár á esos veteranos ceñidos en su impecable uniforme!

Á veces ocurre, por ironía, que los ministros se visten como verdaderos gendarmes, y llega el caso de preguntarse ¿quiénes son los ministros y quiénes los empleados?



Los dos rivales se dirigen miradas de desafío, lanzándose, en su lenguaje de plantigrados, las más horribles injurias. Como los perros que se encuentran en medio de la calle y se están ladrando largo rato antes de decidirse á solventar sus querellas á dentellada limpia, estos dos osos blancos, reyes de los mares árticos, se contemplan indecisos, sin atreverse á iniciar el ataque. Sin embargo, el duelo es inminente; ambos han visto á una foca, cuya carne, joven y apetitosa, les abre el apetito que, en verdad, no necesita aperitivo porque la caza no es muy abundante en las desérticas regiones blancas. Uno de los osos baja la cabeza, como apercibido solapadamente á rechazar el ataque. El otro que, acaso, no comprende esta sutileza, estira el cuello y, creyéndose casi vencedor, insulta al primero. Sin embargo, un incógnito instinto le dice que sea prudente, que no se lance sobre su adversario. Si salta, tal vez el oso cachazudo, que no pierde el tiempo en contestar á sus injurias, le de primero... y el que da primero da dos veces.

OSOS CONTRA OSOS

Por un favor especial, el capitán Clemente Hudson me permitió subir á bordo, en la bahía de Baffin, en donde el *King-Edward* contaba llevar á San Juan de Terranova una gran cantidad de pieles de focas.

Permitaseme que pase en silencio los incidentes del viaje: tres meses navegando á través de un mar casi siempre tempestuoso, sembrado de icebergs que nos hacían rozar la muerte á toda hora del día y de la noche. Me limitaré á referir uno sólo de los incidentes, y con la mayor brevedad posible, aunque no sea más que para demostrar que la existencia de un cazador de focas es más dramática que envidiable.

Cuando echamos ancla á la entrada de un fjord, situado cerca del cabo Walsingham (estrecho de Davis) en compañía

del *Rader*, otro vapor de Terranova, un enorme iceberg, acercándose á nosotros, nos obligó á cortar precipitadamente la cadena del ancla para ganar la alta mar. Casi toda la tripulación del *Rader* había salido persiguiendo focas y los cinco hombres que quedaron á bordo no pudieron zafar el navío. Á nuestra vista, á menos de doscientos metros de distancia, la enorme masa de hielo flotante chocó contra un costado del vapor, haciéndole sucumbir bajo una montaña de hielos.

¡El terrible drama de los mares árticos había durado menos de dos minutos!...

He aquí en qué circunstancias tomé las fotografías que ilustran este artículo:

Embarcado como «pasajero que paga» en el *King-Edward*, me aproveché de esta privilegiada situación para seguir, como aficionado, las operaciones de la cam-



Ya se han decidido. En este duelo no hay padrinos, no hay juez de campo, no hay médico. Uno de los dos morirá. Los dos osos han querido engañarse

mutuamente, hacer ver cada uno á su adversario que "despreciaba" el bolín, que se la cedía generosamente, que aquella foca, jovencita y tierna, era una cosa despreciable, indigna de clavar en ella sus dientes; pero, al verla, los rivales "debieron pensarlo de otro modo" y describiendo un círculo alrededor de la foca, como el águila que describe en el espacio pavorosas volutas antes de caer sobre en cordero, los osos han querido lanzarse sobre su presa, y cada uno se lo ha impedido al otro. Entonces se colocan frente á frente, y, nadando en dirección contraria, pero en la misma línea, se deciden á atacarse.

pañá. Un contrato verbal, entre el capitán y yo, le autorizaba á requerir mis servicios en los momentos de apuro. No hice más que una sola restricción, que pareció infantil á aquel viejo lobo de mar acostumbrado á matar veinte ó treinta mil focas anuales: yo había dicho que, en ningún caso mataría á animal, alguno, cualquiera que fuese la especie á que perteneciera.

Y tuve ocasión de felicitarme de esta cláusula: creo que me consumirían hoy los remordimientos si hubiera tomado parte en las espantosas hecatombes que presencié con disgusto, cuando las focas lanzaban gritos casi humanos bajo los cuchillos de



Ya están uno frente á otro. Sólo los separan unos centímetros; enormes olas cubren sus pieles pesadas de reflejos amarillos. Incapaces para pactar, como lo hubieran hecho los lobos, más inteligentes que los blancos plantigrados, y repartirse el bolín, levantan sus pesadas patas... y se atacan. Este desafío en los mares árticos es único.

sus « asesinos ». Una mañana, como de costumbre, me embarqué en una canoa con dos cazadores. Mi misión consistía en observar, con auxilio de unos potentes gemelos, las rocas que formaban pequeñas bahías en donde las focas se habían quedado comiendo líquenes. Remando en

la dirección indicada, los pescadores se aproximaban á las focas para no gastar pólvora en salvas, y después nos fijábamos bien en los sitios en que quedaban las víctimas para recogerlas al regreso.

Hacia las once cuando volvimos al King-Edward, después de una fructuosa cacería que puso de buen humor á mis compañeros, mis gemelos me descubrie-



Los dos osos llegaron "á las patas". Este duelo, tantas veces descrito por los navegantes y ninguna registrado hasta hoy por la placa fotográfica, se verifica en toda regla. Cruzando sus patas macizas, parando diestramente los golpes, haciendo fintas, dignas, en verdad, del más consumado maestro de armas, los dos combatientes ofrecen un espectáculo extraordinario. ¿Quién vencerá?

ron un espectáculo nada trivial. Á menos de un kilómetro de distancia, dos osos blancos se paseaban á lo largo de unos témpanos mirándose con aire de desalio, pero sin decidirse á atacarse, como los perros que se encuentran en medio de la calle y se están ladrando largo rato antes de solventar sus querellas á dentellada limpia.

Luego de remar durante un buen cuarto de hora, comprendimos la causa del conflicto: los dos plantigrados deseaban, con igual apetito, hincar el diente en la carne suculenta de una joven foca que habíamos matado dos horas antes. La intelligen-

cia de los osos es demasiado limitada para pactar, como hubieran hecho los lobos, y repartirse el botín; así pues, cada uno quería apropiárselo por completo.

Ocultos detrás de unas rocas presenciábamos el curioso desalio de ambos rivales. Cuando se cansaron de gruñir pusieron en práctica, simultáneamente, una extraña estratagema. Fingiendo — por decirlo así — renunciar á la apetitosa foca, se arrojaron al agua sin dirigir siquiera una mirada de pena al festín en perspectiva.

Pero, cuando se habían alejado unas cuarenta brazas de la presa, parecieron sentir la tentación con más intensidad y,

describiendo un círculo, cada uno se dirigió hacia la foca. En aquel momento pareció que se daban cuenta de que querían engañarse mutuamente y cambiando de dirección, lanzáronse á nado, uno sobre otro, gruñendo desafiadoramente.

En su lenguaje de plantigrados debían insultarse como los héroes de Homero:

— ¡Maldito! Ahora no te me escapas.

¿Iban á engañarse como lo habían hecho antes? No, el hambre les daba ánimos. Lanzando furiosos rugidos, se atacaron mutuamente levantando á su alrededor olas de espuma que cubrían sus pesadas pieles con reflejos amarillentos.

Atentamente presenciábamos aquel duelo en los mares árticos, tantas veces descrito por los navegadores, pero que por primera vez iba á registrar la fotografía. Cruzando sus patas macizas, parando diestramente los golpes, haciendo fintas dignas, en verdad, de un maestro de armas, los dos combatientes ofrecían un espectáculo extraordinario.

Pero la caída de un objeto en la canoa les denunció nuestra proximidad, y, dando un chapuzón, desaparecieron bajo el agua, [reconciliados en el peligro común.

CLAUDIO ALBARET.



La vista de esa bocaza crispa los nervios y enfria la piel. Si se contempla fijamente se nota un desgarramiento y un escalofrío.





El

Secreto de la Momia

Por Jorge MEIRS

William Sharps, sin embargo, había juzgado la situación en un relámpago.

— Vigile á esta, Lynham; yo corro detrás de la otra.

De ambas mujeres, ¿cuál era la verdadera? Mi prisionera suplicábame que la dejase marchar, asegurándome que su objeto nada tenía de criminal y que ella era sólo un instrumento.

Apenas si le contestaba. ¿Cuál era la buena? ¿Qué audaz combinación ocultaba esta doble maniobra? Muchas probabilidades había para que la primera mujer del pañuelo sólo fuese un cebo para raptar á nuestro cliente.

Pronto adquirí la certeza al ver que mi amigo regresaba.

— Nos han burlado, Lynham — dijo; — llegué en el momento en que huía el automóvil que se los llevaba. Tratar de alcanzarlo fuera pura locura.

Quedó un minuto con los brazos cruzados, contraídas las facciones, perdidos los ojos en la dirección por que acababa de desaparecer su infortunado cliente.

Por fin sacudió la cabeza con un movimiento brusco.

— Vamos — dijo, — Ludovico Marmont apunta la primera mano.

— ¿Marmont?... ¿Ha dicho usted... Marmont?

Era nuestra compañera quien con los ojos dilatados por repentino espanto y los labios temblorosos, había lanzado este grito.

— ¿Conoce usted á ese hombre? — preguntó Sharps.

— ¡Ay!

El célebre «detective», opinando que se imponía una explicación inmediata, nos hizo atravesar la calle, llevándonos á un restaurant.

Subimos á un gabinete reservado. Al retirarse el maestresala, el «detective» interrogó á la mujer.

Larga fué la historia que nos contó. Llena de precisiones, parecía verídica. Mi amigo escuchaba con la indiferencia aparente que le era peculiar: en cuanto á mí no podía ocultar mi extrañeza acerca de cuanto había escuchado.

Era una dolorosa y lúgubre odisea la del difunto Victoriano de Raizet.

Caballero elegante, de agradable presencia, gozando de cuantiosas rentas, el antiguo cliente del señor Plachaud fué uno de los jóvenes más en boga en los primeros años de la tercera república. El corte de sus chalecos, y sus corbatas rutilantes hicieron pasmarse de admiración á los parroquianos de Tortoni. Casó joven, por una calaverada que su familia desaprobó; como naciera un niño, lo adoró y fué feliz hasta el día en que un aviso anónimo le dejó adquirir la certeza de que aquel á quien llamaba su hijo sólo lo era ante la ley.

Sin embargo, el sentimiento afectuoso que demostraba hacia el pequeño Jacobo era muy diferente del amor con que siempre había rodeado á su niño antes; experimentaba una impresión de molestia instintiva que sólo lograba disimular á costa de un incesante esfuerzo de voluntad. La situación, ya penosa, se agravó á consecuencia de una visita que recibió el hi-

algo cuando el joven cumplió quince años. Una noche de octubre estaba el señor de Raizet encerrado en su gabinete de trabajo cuando le avisaron que un joven deseaba hablarle, insistiendo para ser introducido. Intrigado, dió el orden oportuno, y momentos después el visitante se hallaba ante él; sin decir una palabra, éste le alargó un paquete de cartas. Desatada la cinta del paquete, reconoció con sorpresa misivas amorosas dirigidas antaño por él á alguna de las numerosas bellas que habian alegrado su disipada juventud.

Como levantara la vista sobre su singular visitante, aguardando una explicación, éste le entregó un sobre lacrado que llevaba su nombre; la carta que contenía era de la mujer á quien iban destinadas las primeras cartas. Escrita cuando ésta terminaba miserable y prematuramente su vida en un hospital, notificó al antiguo parroquiano de Tortoní que el joven que tenía delante de sí era su hijo y se llamaba Juan Camet.

Aturdido, dudando de lo que veía, el hidalgo volvió á leer la misiva, ocho carillas muy apretadas, llenas de detalles y fechas; no podía dudar de que la infortunada que trazara aquellos renglones le afirmase la verdad. El señor de Raizet no vaciló un instante, llamó á su ayuda de cámara, en quien tenía absoluta confianza, y conversó durante cerca de una hora con él. Sin embargo, cuando el señor de Raizet expuso la pretensión de reconocer al joven y hacer pública esta paternidad que ignoraba una hora antes, el discreto servidor se permitió hacerle observaciones encaminadas á aplazar la ejecución de tal proyecto hasta el día en que se hubiera dado cuenta que el joven merecía tal sacrificio; entre tanto, completaría su instrucción y su educación. Jacobo se enteraría por su mismo padre, cuando fuera mayor de edad, de la existencia de aquel hermano que podría ser reconocido entonces con toda legalidad.

Pero la muerte sorprendió al señor de Raizet antes de la fecha fijada. Por otra parte, Juan, que no habia dejado de adivinar la causa de las atenciones de que fuera objeto, y que su educación primera inclinaba muy poco á la virtud, habia tratado de abusar de la situación para obtener del que suponía que era su padre, una situación y ventajas que hubiesen perjudicado considerablemente los intereses de su medio hermano. Parecía tener hacia este último un odio feroz que se adivinaba en sus cartas al señor de Raizet y que constituían otros tantos apremios para satisfacer sus exigencias.

Á los pocos días de la muerte de su amo, Alberto, el fiel servidor, halló en el correo del difunto una carta cuyo sobre reconoció por ser letrado mano de Juan

La guardó, decidido á entregarla al joven á su vuelta, que suponía inminente; pero jamás volvió á oír hablar de él.

William Tharps habia dejado hablar á nuestra compañera sin interrumpirla.

— ¿Es usted, sin duda — dijo cuando ésta guardó silencio, — la mujer de Alberto?

— Sí, señor. Mi marido, en cama desde su vuelta de América...

— ¿Desde su vuelta de América?

— Después de la muerte del señor de Raizet, mi marido siguió á Nueva York al marqués de Albúf, y hace unos dos meses escasos volvimos á París.

— Sin duda es su marido quien ha escrito y depositado en la agencia *Violeta*, para ser puesta en el correo en Marsella, la carta que citaba al joven de Raizet?

— Precisamente.

— ¿Por qué no acudió él mismo á la cita?

— Por dos razones: la primera es que sufre actualmente de un reuma que le impide moverse; la segunda es que temía que lo reconocieran los adversarios del señorito Jacobo.

— ¿Supone que tiene adversarios? Hasta ahora no adivino el interés que los mueve.

— Es que no le he dicho á usted todo.

— La escucho.

— Irritado por la conducta de aquel á quien consideraba como hijo suyo, el señor de Raizet concedió definitivamente su afecto al señorito Jacobo y poco antes de su muerte realizó su fortuna convirtiéndola en un título de renta único, que sólo este último habria de aprovechar. Obrando así, el desgraciado padre esperaba evitar al que seguía considerando como su hijo único, las reivindicaciones de su indigno hermano. Mi marido se sorprendió mucho al no volver á oír hablar de Juan Camet, ni verle surgir para reivindicar su parte de herencia y hubiera concluido por creer que el miserable joven habia desaparecido para siempre, si no hubiese recibido de Boston, donde acompañaba al marqués de Albúf, una carta seguramente dictada por Juan, en la cual se le amenazaba con las peores represalias si no indicaba al firmante de la carta el sitio en que el difunto señor de Raizet habia ocultado su fortuna. Mi marido prefirió huir y volvió á Francia bajo un nombre supuesto.

— Un momento — interrumpió Tharps, — ¿sabe su marido donde se encuentra el título de renta destinado por el señor de Raizet á su hijo Jacobo?

— Me ha afirmado que no.

— ¿Conoce su valor?

— Cree que es un título de ciento cuarenta mil francos.



— ¡Diantre! Eso representa un capital de cinco millones de francos. Ahora comprendo los competidores que surgen. ¿De quién procedía la carta dirigida á Boston y que determinó, según dice usted, su repentino regreso?

— Estaba firmada Ludovico Marmont.

— ¿De qué fecha?

— Del 23 de septiembre.

— Hace tres meses.

— Mas entonces — interrumpí — ¿no estaba Marmont en la cárcel?

— No importa — dijo mi amigo sonriéndose — ¿sabe usted — añadió dirigiéndose á la joven — que la carta enviada por su marido á Jacobo de Raizet no ha llegado hasta anteanoche?

— ¿Anteanoche? — exclamó estupefacta.

— Si, es probable que alguien la haya leído antes que él. Por lo menos es lo que se desprende de las primeras comprobaciones que llevo hechas.

— Mas... ¿quién es usted?

Hizo esta pregunta tímidamente; pero se conocía que le obsesionaba desde el principio.

— Soy un indiscreto á quien interesan los asuntos de los demás. Me llamo William Sharps.

— ¡Oh! Entonces, señor, nos defenderá usted contra los enemigos del señorito Jacobo. Desconfíe, sin embargo, pues su hermano es capaz de todo.

El eminente «detective» sonrió.

— Estoy acostumbrado al peligro, señora; vivo bajo la constante amenaza de mis numerosos enemigos... y no por eso estoy peor.

Nuestra compañera le miraba con admiración. El nombre del célebre policía le había producido un efecto mágico.

«Nos defenderá usted.» La ingenua confianza que revelaban estas palabras, representaba, para el sentimental que era en el fondo el «detective», la mejor recompensa.

¿No era su papel defender y proteger? ¿No estaba su reputación basada sobre los éxitos ruidosos de suya larga carrera policiaca?

— Déjeme sus señas, señora — le dijo, — y, si algún peligro le amenaza, llámeme; en cualquier momento que me necesite acudiré.

Hicimos subir á la joven en un coche y, habiendo dado Sharps en voz baja sus señas al cochero, me cogió del brazo y me arrastró en dirección á su morada.

— Necesito andar — dijo — para calmar mis nervios.

Encendió un *muratti*.

— El asunto es muy sencillo — dijo; — Marmont secunda indiscutiblemente al medio hermano de Jacobo de Raizet en sus reivindicaciones sobre la herencia paterna. La prima es para el que llegue primero.

Durante el camino guardó silencio, y sólo al desembocar en la plaza de la Estrella me confió sus proyectos. Volver á tomar á Marmont su rehen era lo más apremiante, y me expuso los diferentes planes que su fértil imaginación había concebido en este sentido.

(Se continuara)

JORGE MEIRS





Hace días, en la torre Eiffel, fueron hechas dos experiencias de paracaídas. En la primera el paracaídas quedó medio destrozado, pero en la segunda prueba se obtuvo un buen resultado, como puede verse por la fotografía de la izquierda

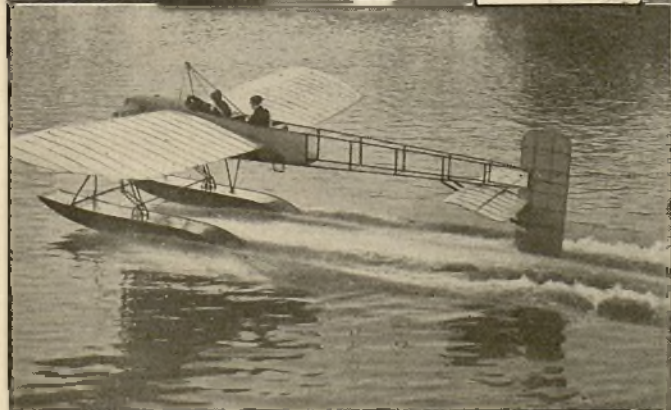
Retrato del inventor.

Hucks, el Pégoud inglés, que ha ejecutado varias veces el Looping the Loop en Buc (junto a Paris). M. Bleriot, el antiguo aviador y actual propietario del aerodromo de Buc felicitó calorosamente al nuevo campeón.



AUTOMOVILISMO

Carrera de automóviles en Achères. Los concursantes debían dirigirse y tornar alrededor de un poste marchando hacia atrás. Esta carrera, nada común, fué ganada por el célebre Boillot, después de no pocas peripecias.



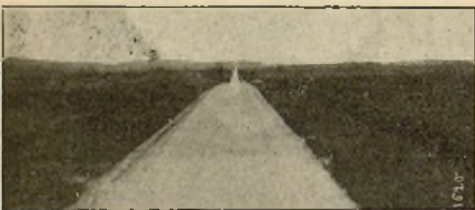
Ensayos, en el Sena, de un nuevo hidroplano de Blériot, pilotado por Perreyon que acaba de morir de una caída.



Señores Bienaimé y Schneider, que han intentado superar el record de distancia en globo y que no pudieron triunfar, a pesar de su decidido empeño.



Chanteloup, llevado en triunfo, después de haber ejecutado una serie de vuelos maravillosos que, sin duda alguna, han superado en mérito a los de Pégoud.

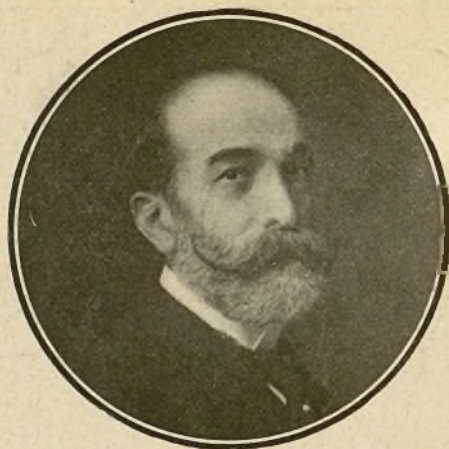


El circuito del Rhone, en donde se ha disputado el Gran Premio de automóviles de 1914.



Uno de los recodos de la carretera en donde se ha disputado el circuito del Rhone.

DON EDOUARDO MIER



Con motivo de la celebración del Congreso de la Hora, hemos tenido el honor de saludar al representante español enviado por nuestro gobierno para que lo representara en tan importante acto.

Don Eduardo Mier, coronel de ingenieros, Académico de la de Ciencias y director del Instituto Geográfico y Estadístico, es un sabio que honra a España y que sabe hacer destacar su figura entre los más prestigiosos intelectuales. Conocido por todo el mundo científico extranjero, por sus muchos trabajos e invenciones, es muy considerado por todos y quizás, preciso es decirlo, aunque sea molesto, más apreciado que en España.

LOS HISPANO-AMERICANOS EN PARÍS

Acaban de llegar :

al **HOTEL ASTORIA**
Avenue des Champs-Élysées

Sres. H. Moreno, de México. — Sr. Pawlowski, de Buenos Aires. — Marqués de Casa Montalvo, de la Habana.

Continúan:

Sr. C. Torres Elicechea, de Bogotá. — Sr. y señora Simón Guzmán Blanco, de Venezuela. — Señora M. O. Escalante y familia, de México. — General Porfirio Díaz y señora.

Han llegado:

al **CARLTON HOTEL (Champs Élysées)**

Mons. Belfarino de Arión. — Mons. R. Pradere.

al **HOTEL CAMPBELL** 45 Av. Friedland.

Señora y señorita Giesiken Condé, de Río Janeiro.

ÉLYSÉE-PABACE (Hôtel)

Sr. González, de Buenos Aires. — Sr. y señora Carlos Sampaio, del Brasil.